LOS JESUITAS



GUILLERMO FURLONG, S. J.

LOS JESUITAS

Con las debidas licencias.

Hecho el depósito que determina la ley.

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

¿DONDE ESTOY?

Arrojé el libro, entre perplejo e indignado. ¡Aquello era horroroso!

" ¡Qué cosas! —pensé— ¡Esto sí que es espantoso! . . . y, sin embargo, yo soy un Jesuita, uno de esos terribles Jesuitas . . . No lo entiendo; pero si lo que dice ese libro es verdad, los Jesuitas somos los seres más diabólicos que han vivido y viven en este pícaro mundo: nada nos arredra con tal de obtener nuestro objetivo . . . la vida, la honra ajena no nos preocupan jamás . . . Nos creemos gente honrada; creemos que hay entre nosotros personas santas y personas sabias, ¡y todo ello no es sin duda sino pura hipocresía, falsía y engaño! . . ."

"Todo esto —seguía pensando— es terrible; pero lo más terrible y que más me desconcierta, es que durante medio siglo he sido y sigo siendo Jesuita, y he trabajado con empeño, y según creía, por el bien del prójimo y por la salvación de las almas. Estos ideales han sido en mí una preocupación constante, y junto con ellos, he tenido también grandes satisfacciones intelectuales y espirituales . . . y luego, he conocido y tratado a tantos Jesuitas que me han parecido siempre modelos, no solo de honradez, sino de santidad . . . ¿Será posible que todo haya sido ilusión? ¿Durante todo este tiempo habría estado colaborando en una sociedad de villanos, de hipócritas y falsarios . . .? "

¿HABRE SIDO ENGAÑADO?

Y mientras por un lado se me ponía delante la terrible duda: "¿Será cierto que, sin percatarme de ello, he sido yo un instrumento servil de quienes me explotaban miserablemente? ", por otro, una voz respondía dentro de mí: "Pero, ¿cómo puede ser? Durante medio siglo he sido un Jesuita feliz, contento, laborioso, generoso; siempre he estado en buenos términos con mis compañeros de vida religiosa. Desde aquel ya lejano 16 de abril de 1903, que fue cuando ingresé en la Compañía de Jesús, no he hallado

sino pureza, santidad, sacrificio, generosidad, dignidad humana en todo . . . ¿Qué? ¿me habré engañado? ¿me habrán engañado? ¿Será posible que los Jesuitas no hemos sido un valiente escuadrón de soldados con el ideal de la mayor gloria de Dios, sino un rebaño de tontos, capitaneados por una agrupación astuta de pillos? O el autor de este libro es un calumniador sin conciencia, o yo he sido un necio, digno en verdad de este rebaño; de todos modos no cabe sino tomar la pluma y poner al descubierto el fraude y engaño, o el suyo o el mío . . ."

JESUITAS A LO DUMAS

Acababa yo de leer cierto libro, cuando todo esto pasó, o pudo pasar, por mi mente.

Dumas tenía, y tiene en sus libros, un poderoso don para novelar, con arte supremo, aun las ficciones más absurdas. Un ejemplo. Por las Constituciones y por la historia de la Compañía de Jesús, sabía yo cómo elegían los Jesuitas a su General. Hacen oración ante el crucifijo, encomiendan el asunto sinceramente a Dios, y teniéndole a El delante, y buscando tan solo su mayor gloria, eligen al hombre más apto para hacer progresar las múltiples obras espirituales e intelectuales de la Compañía.

Pues nada de eso. Oigan cómo Dumas describe la elección. En la lobreguez de la noche y en una oscura sala, yace el General de los Jesuitas agonizante; pero, va a nombrar sucesor. Comienzan a desfilar ante su lecho personas de alta alcurnia, de grandes capitales o de enorme influencia social. Cada una le dice algo al oído y espera, pero en vano. Llega al fin Aramis, y el General moribundo pone en su dedo el simbólico anillo. Al momento todos los Jesuitas, allí presentes, se postran de rodillas ante Aramis; le besan el anillo y le acatan por su General. A Aramis había sido comunicado el secreto más importante, y aunque no era Jesuita entonces, ni lo había sido jamás, fue de golpe y porrazo ascendido, en forma tan diabólica, a ser General de los Jesuitas.

JESUITAS A LO EUGENIO SUE

También son para crispar los nervios a cualquiera aquellas siluetas siniestras, aquellas sombras ensotanadas que



JESUITAS A LO EUGENIO SUÉ

describe Sue en su *Judío Errante*. Con frases místicas, con lenguaje ascético, con habilísima diplomacia y delicadeza refinada, llega el Jesuita a entrar en relaciones con aquella familia rica, y, poco a poco, lleva el agua a su molino. La rica herencia del anciano no pasa a sus necesitados y legítimos herederos. El Jesuita la acapara. ¿Cómo? Eso no importa, ya que "el fin justifica los medios". Un gallardo, inteligente, simpático y religiosísimo jovencito, a quien ingeniosamente describe Sue, pensaba formar parte de la Compañía, ingresando en la Orden; pero ante esta realidad, claro está: desiste. ¿Cómo amancillar su alma en una sociedad de hipócritas y explotadores?

No puede negarse que Sue escribió con habilidad su libro, pero sin ciencia alguna. Hizo como aquel que, sin tener la más leve idea de lo que era una jirafa, apagó la luz, dejó caer su cabeza entre las manos, pensó cinco minutos y al rato, encendida otra vez la luz, dibujó la jirafa con patas de jabalí, cuerpo de ciervo, cuello de cigüeña. Sue hubiera podido ir a un Colegio de Jesuitas, conversar con algún Padre, o cuando menos con el portero, y habría sabido lo que era la Compañía de Jesús; pero nada de eso. Intencionalmente apagó las luces; prefirió inventar y delirar. ¿No apena el leer en su libro lo del anillo envenenado? Según él, todo Jesuita lleva un anillo que es surtidor de veneno, gracias al cual eliminan los Jesuitas sin dificultad, a cuantos quieren. Para el novelista francés estos cuentos ofrecen mayor interés novelesco que el éxodo del Guayrá, realizado por los Jesuitas con sus treinta mil indios civilizados; mayor que el descubrimiento del Missisipí por el P. Marquette; mayor que la vida patriarcal de 100 000 indios en las Reducciones del Paraguay; mayor que la lucha de Belarmino contra una legión de teólogos protestantes; mayor que los descubrimientos de Kircher y de Secchi, que las nobles hazañas de Roque González y De Smet, que la sacrificada vida del P. Fabio en una clase de gramática o la del P. Torres en el confesonario, estos dos últimos con incansable paciencia durante más de medio siglo.

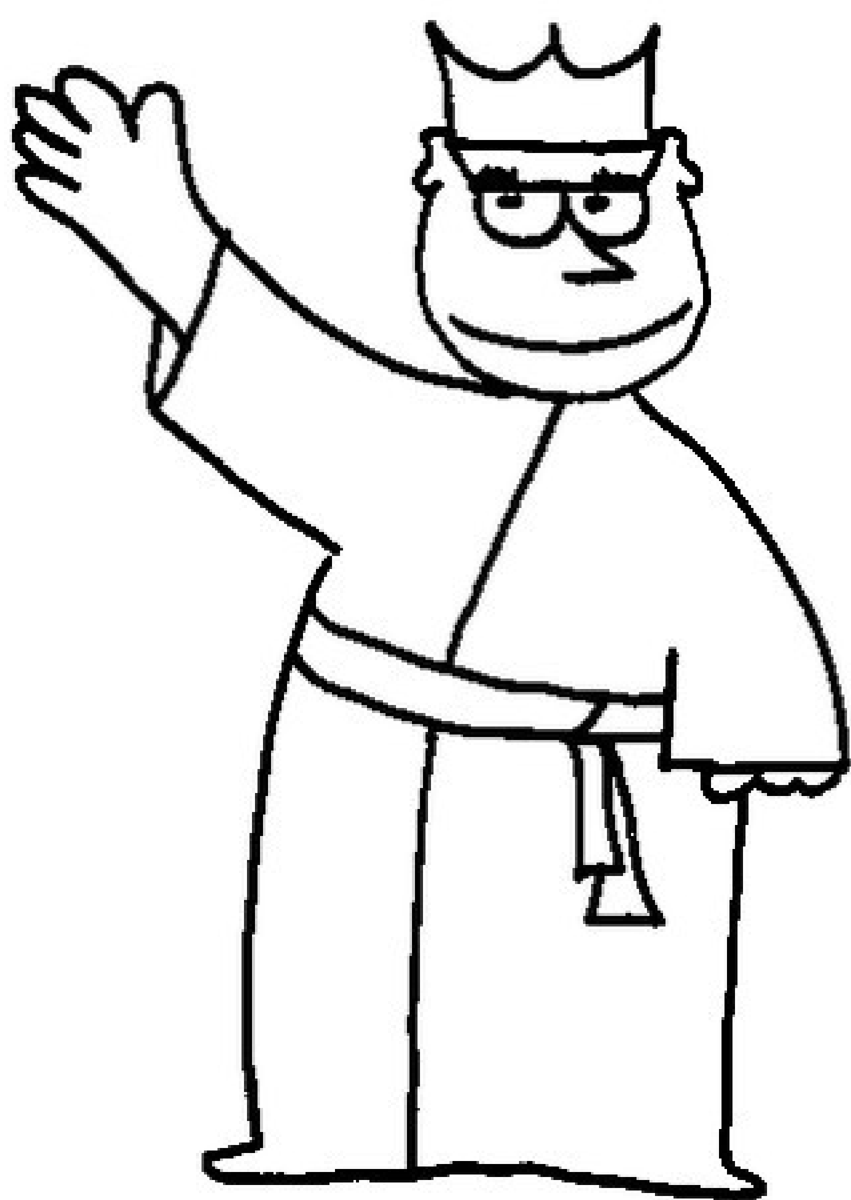
Y muchos han imitado a Dumas y a Sue. José McCabe en los Estados Unidos y Clemente Ricci, en la Argentina, ambos renegados de su fe y desertores de la Iglesia, se han puesto a decir al mundo lo que son los Jesuitas. Para el uno, los Jesuitas son unos desvergonzados, llenos de hipocresía; para el otro no son sino los exponentes más notables de la insipiencia más crasa, aunque trajeada de ciencia.

A todos nos place saber la verdad, y los Jesuitas la deseamos poseer, y creemos que la poseemos. Dicen algunos que buscamos las alabanzas, los elogios. Nada de eso; porque mientras la crítica serena nos endereza y perfecciona, y por ende nos place, el elogio nos molesta. *Ni la pluma que destila almíbar, ni la pluma que chorrea veneno pueden agradar a un Jesuita, pero siempre le será grata la que destila verdad y sinceridad.*

UN JESUITA FELIZ

Después de cincuenta años de vivir en la Compañía de Jesús, lo digo sin restricción: soy un Jesuita feliz. Y porque lo soy, me atrevo a hablar de los Jesuitas. Durante tantos años, mi vida ha sido una ininterrumpida cadena de alegrías y gozos, y tengo para mí que la sociedad, a la que pertenezco, ha hecho y sigue haciendo un enorme bien a los hombres. Mis asertos no son el fruto de entusiasmos juveniles. Estoy ya en los arrabales de la senectud, y las fuerzas me van fallando, y hace ya rato que mis rubios cabellos ya no son rubios sino blancos.

Medio siglo de vida pasada en la Compañía de Jesús, me ha hecho conocer más y amar progresivamente, más y más, la Orden religiosa que abracé en mi juventud. Cada día aprecio y amo con más profundo afecto sus Constituciones, sus procedimientos, su historia, sus componentes.



UN JESUITA FELIZ

Claro está que este mi amor y aprecio no tiene para las gentes, en general, nada que pueda despertar su atención. Si hablara en sentido contrario, entonces sí, mis palabras y las de cualquier Jesuita, cobrarían una fuerza extraordinaria. ¡Triste mentalidad la de los hombres modernos, tan afanosos del chisme detractor, y tan despreciadores del heroísmo callado y silencioso! Para interesar, es necesario dar un escándalo o promover una rebelión.

Sin embargo, soy un hombre verdaderamente feliz en mi estado de vida, y no adivino ni sospecho que pueda haber otro género, clase o especie de vida, en la que pudiera yo tener una satisfacción intelectual y moral tan grande, como la que tengo como Jesuita. Antepongo el ser Jesuita a cualquier dignidad, honra o gloria mundanas. He tenido ocasiones, que otros habrían tomado al vuelo, y las he despreciado.

Siendo todo esto así, ¿por qué no podré yo hablar de mi dicha, como otros han hablado de su desdicha? ¿Por qué no podré yo hablar de las satisfacciones que me ofrece la Compañía de Jesús, cuando algunos pocos, que la han abandonado, gritan a voz en cuello sus desilusiones? La felicidad no debe callar por la simple razón de que grite la infelicidad. Pero preguntará quizá alguno: ¿Cómo se explica que tantos miles de Jesuitas no han pensado en hacer lo que yo hago? También ellos, ¿por qué no han hablado de su dicha? Sin duda, la consideraron como un gran don de Dios, que prefirieron conservar en silencio, en el silencio que une a las almas con Dios. Además, ni les pasó tal vez por la mente exteriorizar por escrito sus íntimos y sagrados sentimientos. Ya se sabe: "los pueblos felices no tienen historia" que escribir, si por historia se entiende, como vulgarmente se entiende y practica la relación de los escándalos, pestes, guerras, escenas trágicas y hechos espeluznantes. Por lo general, los dichosos están demasiado bien, en posesión de su dicha, para andar pregonándola ante los demás.

ESPONTANEAMENTE . . .

Quiero salir al encuentro de la inevitable sospecha. "Eso lo ha escrito, y lo ha escrito así, por orden de sus superiores. Le han estado soplando todo, y han quitado toda frase menos política y le han hecho agregar tantas

otras . . ." Pues, nada hay de eso. Escribo estas líneas sin que persona alguna sepa que las escribo.

No las publicaré sin que un superior lo sepa, porque tengo una sabia regla que me ordena no imprimir cosa alguna sin la debida autorización, la cual no me será concedida si dos censores que él eligiere no lo aprobaren. Pero eso no será sino cuando el manuscrito esté terminado y dispuesto para la imprenta.

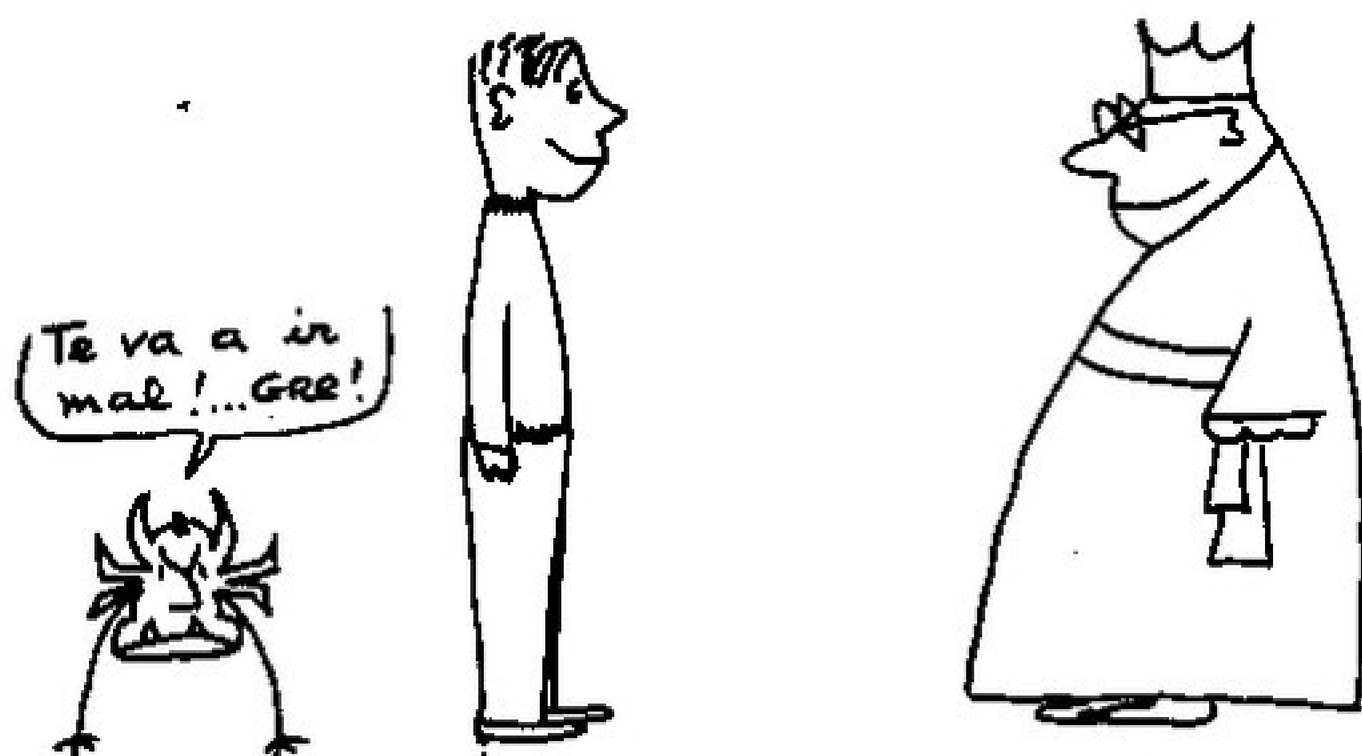
Así que soy yo quien, espontánea y voluntaria y alegremente, escribo este folleto. Nadie me ha dicho al oído: "Sí, sí; escriba un folleto azucarado, tierno, lleno de ensueños y tintes rosáceos, a fin de embaucar al público". Nada de eso, repito; estoy escribiendo ahora estas líneas con la misma libertad con que pudiera escribir, si así me pluguiera, sobre las costumbres de los Indios Lules o sobre el viaje de Diego García.

Podría estar escribiendo sobre esos temas, o leyendo un cuento de Hugo Wast o una de esas amenísimas fábulas de Jerónimo del Rey, o haciendo otra cosa cualquiera, igualmente lícita e innocua.

Pero he preferido, impulsado a ello por la lectura de un libro del Padre Daniel Lord, ponerme a comunicar a los que quieran escucharme, lo que es la Compañía de Jesús; cómo ha sido para mí una tierna madre, madre tan excelente que, no obstante haber dejado abierta la puerta para que, si lo quisiese, me alejara de ella, jamás lo quise, en el largo transcurso de medio siglo; y, sin violencia alguna, me he abrazado con sus ideales, con sus oportunidades de noble labor, con su trato y con el de otros hombres que igualmente han permanecido al lado de ella. A ellos, como a mí, ha exigido esa madre que sacrificáramos todo lo más querido a nuestros corazones por amor a Cristo, pero en retorno nos dio a Jesucristo y con él todas las cosas y cuanto podíamos ambicionar de noble, grande, digno y enaltecedor.

ME UNI CON LOS JESUITAS

Estaba yo en la ciudad de Santa Fe, y en el segundo año de bachillerato, cuando ingresé en la Compañía de Jesús. Nadie me habló del asunto, pero estudiaba yo con los Jesuitas, y el proceder de éstos me impulsó a ser como ellos. Los que conocí me parecieron hombres honrados,



hombres de bien, hombres dignos y sinceros, con una sinceridad, con una dignidad y con una honradez superior a lo común y ordinario.

Ni la santidad, ni la sabiduría fueron factores que en forma explícita influyeron entonces en mí, no obstante haber visto señales inequívocas de una y otra cosa en mis profesores. Lo que me gustó en ellos fue el ver hombres honrados, castos, serviciales, consagrados a un ideal, el del sacerdocio y del magisterio. Ingresé en la Orden con esa idea, y bien pronto me confirmé en su exactitud y pude darme cuenta de que la realidad superaba, y con mucho, a todas mis ambiciones.

Conmigo vivían más de cincuenta jóvenes de carácter muy distinto, de antecedentes muy variados, pero también ellos, como yo, sentían la noble ambición de *hacer algo grande por Cristo*. Jamás he visto una agrupación más alegre, santamente alegre, que la de aquellos jóvenes. Aquella vida del Noviciado fue la de un cielo en la tierra; y durante todo aquel tiempo, dos largos años, podía yo meter mis cositas en la maleta o baúl y volverme a casa cuando quisiera; y, si me juzgaran inepto o menos apto, podían los superiores entregarme el boleto de vuelta, y decirme adiós. Pero ni ellos hicieron esto, ni yo aquello. Ni se me pasó

por la mente. ¡Cuán engañados andan los que opinan que las casa religiosas, sobre todo los Noviciados, son como penitenciarías o cárceles: fácil la entrada, difícil o casi imposible la salida!

A los dos años de Noviciado, primero en Córdoba, y luego en Gandía, España, hice los votos simples, comprometiéndome a vivir en la Compañía de Jesús y a comportarme según sus Constituciones. Desde entonces ni la Compañía podría ya despedirme sin razonable motivo, ni tampoco yo podría abandonarla legítimamente sin justa razón, y obtenida en ambos casos la debida dispensa de mis votos.

Cuatro de mis compañeros dejaron la Compañía antes de hacer los votos. Les pareció que no eran ellos para este género de vida, y eso bastó. Otros cuatro la dejaron durante los años de estudio. Volvieron a sus casas y todos ellos continuaron su vida anterior. De ellos, dos a lo menos llegaron a ocupar posiciones de consideración en la sociedad. Seguro estoy que ninguno de los ocho profirió jamás una palabra contra la Compañía. Les pareció que esta vida no era para ellos, y la abandonaron, no sin respeto y admiración; algunos hasta con lágrimas. Es el caso ordinario del ex-Jesuita: no quiere perseverar, se retira, pero reconoce —aun cuando se va—, el valor y la belleza de la vida que abandona.

POR QUE LOS JESUITAS ME GUSTABAN

Una de las razones por la cuales las personas como yo no pueden menos de reírse al leer los relatos que ciertos autores hacen de los terribles Jesuitas, es el que el primer pensamiento que tuvimos de hacernos Jesuitas se originó al conocer de cerca a uno, o varios o muchos Jesuitas. No es tan fiero el león como lo pintan . . .

Por lo que a mí toca, sentí simpatía por los Jesuitas no bien los conocí. Educado, con anterioridad, en un colegio protestante, con maestros sin moral y sin ideales, sentí una satisfacción indefinible al hallarme con profesores dignos, caballerescos, piadosos, inteligentes sin orgullo, modestos sin afectación, serenos y alegres con la serenidad y alegría de las almas superiores. Y mi caso ha sido el de tantos. Admira uno las habilidades de un cirujano, y sigue

la carrera de médico-cirujano. Contempla el otro al abogado inteligente y erudito, y eso le determina a seguir la abogacía. Simpatizamos con ellos y con su profesión, y los imitamos.

Si los Jesuitas no fueran atrayentes, si fueran como los han pintado Dumas y Sue, hombres repulsivos, caracteres llenos de falsía, hipócritas empedernidos, jamás podrían tener la más leve esperanza de conquistar para su partido a joven alguno de valor moral e intelectual. Sin embargo pude aprender en el Noviciado que a mis compañeros les había acaecido lo propio que a mí; un Jesuita con quien tropezaron en la casa parroquial, o en un viaje, o a quien vieron decir misa, o uno cuyos sermones oyeron, les ganó el corazón y simpatizaron tanto con él que quisieron ser como él. Cada uno en esas ocasiones parecía decir: "sería yo un hombre dichoso, si pudiera ser como él, si lograse ser tan feliz y dichoso como él parece serlo".

NADA DE INDUCCIONES

Lo puedo decir con toda verdad. Nadie me habló sobre entrar en la Compañía de Jesús mientras no hablé yo el primero. Aún entonces parecía que no se me quería hablar. Después lo supe todo: les estaba prohibido a los Jesuitas influir sobre nadie, en ese sentido. Cuando se trató finalmente de admitirme, fui examinado por dos Padres, quienes me interrogaron sobre la espontaneidad de mi vocación, y en particular me preguntaron "si algún Jesuita, u otra persona cualquiera, me había inducido a dar ese paso". Si hubiese yo respondido afirmativamente, se me habría hecho esperar, a fin de comprobar la legitimidad de mi vocación.

UNA PODEROSA INFLUENCIA

No son las palabras, sino los hechos los que mueven a tantos jóvenes a ingresar en la Compañía de Jesús. Así, nadie que haya leído un poco de historia moderna, habrá dejado de observar el relieve que tiene en sus páginas la labor de los Jesuitas. Eso aun tratándose de libros escritos por protestantes o por enemigos de los Jesuitas. Todos han esparcido en torno del Jesuita una aureola de grandeza.

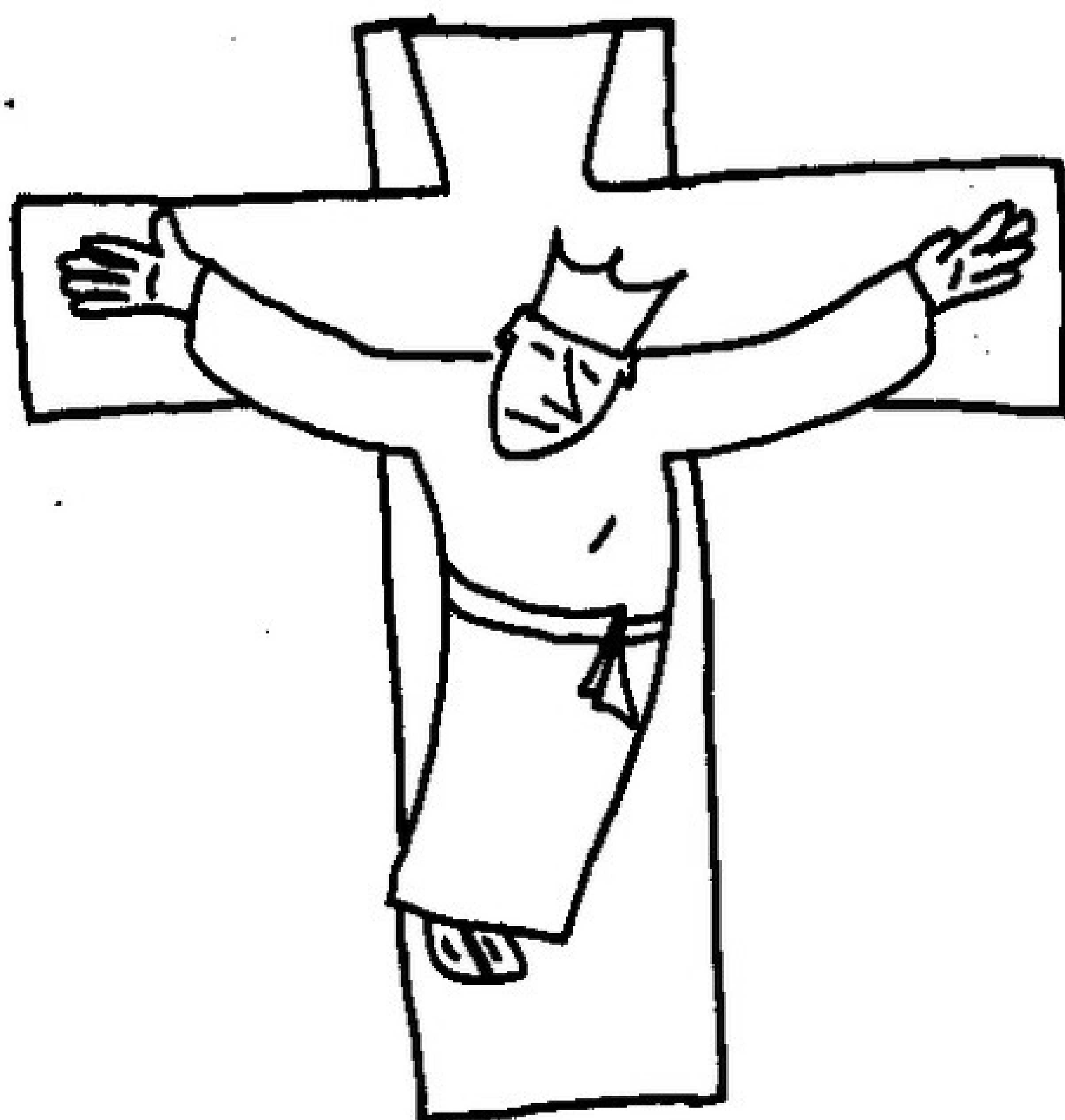
Aquí leemos que un grupo de hombres valientes arriesgan su vida penetrando al corazón del Chaco, cuando éste era la madriguera de los salvajes; allí se recuerda cómo

otro grupo de Jesuitas trabajó en las escuálidas ciudades del Tibet cerradas a los Europeos; se nos informa además que esos mismos hombres eran tan hábiles en las Cortes, sin comprometerse entre los cortesanos, como entre los Hurones de Norte América y los Caribes de Centro América y los terribles Abipones de Sur América; construyeron y gobernaron con maravilloso éxito ciudades de indígenas en el Paraguay, en el Alto Perú, en Méjico, en Canadá, en los Estados Unidos; descubrieron vías y regiones, importaron o fabricaron las primeras imprentas que hubo en América, levantaron los primeros observatorios en la China y en el Japón, en la Argentina y en el Canadá; eran hombres de ciencia y eran hombres de sacrificio, hombres heroicos que lucharon con imponderable sagacidad e inteligencia, en medio de Londres durante las sangrientas persecuciones de Isabel de Inglaterra, en medio del Japón durante las Taicosama, y en la capital de Méjico durante la de un moderno Nerón.

Decir contrarreforma luterana es decir Compañía de Jesús; decir que Lutero no pudo penetrar en Austria y que Calvino fue expulsado de Francia, donde llegó a tener tantos baluartes, es lo mismo que relatar otras tantas páginas bien gloriosas de la historia de los Jesuitas; y lo mismo deberá decirse del que hable de la cultura en la época colonial, así en Méjico como en el Canadá y norte de Estados Unidos, Chile y Argentina. Y la historia del pasado es la historia del presente. Son más de 31 mil los Jesuitas que, en la actualidad, trabajan por los intereses de Cristo y de su Iglesia, así en las soledades de Alaska como en los bosques del Congo, así en la India como en Australia, así en Colombia como en Albania, ya por medio de los ministerios sagrados, ya por medio de los afanes culturales, como las veinte Universidades que poseen en diversos países, sobre todo en Estados Unidos, o por medio de las trescientas estaciones sísmicas que tienen en diversas regiones y ciudades del mundo civilizado. Hoy, como ayer, el Jesuita se hace todo para todos a fin de conquistar a todos para Cristo. Hoy, como ayer, son la cavallería ligera del Sumo Pontífice.

EL TRIBUTO DEL ODIO

Y les cabe esta gloria, porque también el odio es, a su manera, un homenaje. Si el amor es un homenaje a la



EL TRIBUTO DEL ODIO

bondad, el odio es un homenaje a la fuerza. Desde que caí en la cuenta de esto, me persuadí más que nunca, de que la Compañía de Jesús forzosamente debía ser una grande y relevante organización. Por otra parte, todos aquellos que más han amado a Cristo y a su Iglesia, han sido los más grandes amigos de los Jesuitas, mientras que quienes más han odiado a Cristo y a su Iglesia han sido los mayores enemigos de los Jesuitas.

Cuando Pombal trató de subyugar a la Iglesia en Portugal, lo primero que hizo fue desterrar a los Jesuitas; cuando Isabel de Inglaterra determinó suplantar al Papa y formar la Iglesia anglicana, lo primero fue acabar con los Jesuitas; cuando un grupo de políticos franceses se propo-

nían —y fue cosa que acaeció poco después de mi ingreso en la Compañía— aplastar a la Iglesia de Francia, comenzaron por expulsar a los Jesuitas; y recientemente la república española anticristiana tuvo la misma iniciativa. Era la táctica de Voltaire: acabar primero con la hija para acabar después con la madre. Y la madre era la Iglesia.

Argüía yo: si los hombres que odian a la Iglesia y, por ende, odian a Cristo, son los que odian a los Jesuitas, debe de haber una causa profunda de ese odio; y esta causa no debe ser otra sino la íntima unión de la Compañía de Jesús con la Iglesia, y por medio de ésta, con Cristo. Creemos no exagerar al decir que la Iglesia se siente agradecida a la Compañía de Jesús, y el mismo Cristo debe de mirar complacido a este escuadrón de sus soldados. Esta argumentación no impresionará a algunas personas, pero a mí ciertamente me impresiona, y grandemente me impresiona.

MANOS A LA OBRA

Como es obvio, nadie vive de la gloria del pasado. Las realidades presentes son la materia de nuestro vivir, y por más glorioso que haya sido el pasado de una institución, no participamos de su vida e ideales, si esta vida es lánguida y mediocre, y si estos ideales son mezquinos y apocados.

Por eso, todo candidato, aunque mucho haya admirado a los Jesuitas desde afuera, penetra con miedo y temor en la vida religiosa. Eso es muy natural. La vida que comienza tiene su misterio. Se conoce todo aquello que se deja, pero no se descubre, de un solo lance y en todos sus pormenores, todo aquello que de nuevo se ofrece. Se sabe lo suficiente para hacer razonable la elección a que uno se resuelve; pero se ignora lo bastante para que sea por extremo meritorio el total entregamiento a Dios.

En los primeros momentos uno recuerda los sitios y seres queridos que ha dejado, la multitud de cosas que han quedado atrás, naderías a veces, pero que tienen el poder de embelesarnos, de cautivarnos, de imponernos, como perpetuamente indispensable, su inútil pero cautivadora presencia . . . y ya las hemos dejado, y para no volver a verlas jamás.

"No bien ingresé al noviciado de Florissant, escribía des-

pués el Padre Daniel Lord, me pareció que todo lo que más había amado, hasta entonces, se había esfumado para siempre. Recuerdo una noche que pasamos por los jardines del Noviciado y al llegar al cementerio del mismo, me paré y me apoyé contra una de sus paredes (simbólica posición) y miré, en el horizone, el cielo iluminado por las luces de San Luis de Missouri, mi ciudad natal . . . ¡Cuántos pensamientos y recuerdos cruzaron por mi mente! "

Pero el novicio apenas tiene tiempo para estos sueños. El Noviciado es actividad y movimiento. Esa vida, con no ser de ningún relieve externo, tiene gran relieve interno. En el alma del novicio se produce una revolución que termina en una evolución de todo punto maravillosa.

Separado de mis antiguos amigos, hallé un nuevo y numeroso grupo de amigos, cuales nunca me había imaginado. Perdidos mis viejos ideales y antiguas aficiones, hallé bien pronto otros ideales y otras aficiones que, con nuevas realidades, ocuparon mi mente iluminándola, y mi corazón fortificándolo extraordinariamente.

Mientras mis manos se ocupaban en colocar los platos sobre las largas mesas del comedor, o acarreaban el carbón a la cocina, o limpiaban la vajilla en el fregadero, o regaban las plantas del jardín (porque había allí abundancia de estas labores, como las hubo en la casita de Nazareth), mi mente se abría más y más a una nueva e ilimitada visión, a la visión de hombres valerosos, que bajo la enseña *A la Mayor Gloria de Dios* pelean y luchan por Cristo y triunfan con Cristo. Esta visión tenía para mí una fuerza subyugadora. Algunos dirán: eran sueños, eran frutos de la fantasía. Sea; lo cierto es que esos sueños nutrían el alma y la iluminaban y la hacían desear más y más servir a Cristo, y ser en verdad un dignísimo soldado de su gran ejército.

Ideales de adhesión y lealtad a Cristo, pureza de alma, servicio desinteresado en bien de mis prójimos, vivificaban toda la labor del día y los acontecimientos todos de cada día. A cada toque de la campana, corríamos alegres a lo que se nos señalaba, con un continuo "Aquí estoy, mi Jesús" en los labios y en el corazón.

MIS COMPAÑEROS

Ya lo he dicho: aquellos mis compañeros eran unos sesenta, sesenta jóvenes que reían por el más mínimo moti-

vo, que hablaban alto y con entusiasmo, que ponían en el juego el mismo empeño que si el campeonato mundial dependiese de ellos. La amistad contraída entonces ha persistido, después de más de medio siglo, sin envejecer ni deslucirse.

¿Congeniaba uno con todos ellos sin dificultad? ¿Eran acaso unos ángeles en sus respectivos temperamentos? ¿Eran todos tan agradables y placenteros? Claro está que no, pues no eran un coro de ángeles, sino una agrupación de jóvenes de quince a veinticinco años, que es la época más difícil de la vida humana. Pero, no obstante, el hecho es éste: *no es posible hallar en este mundo una agrupación de jóvenes más alegres, más íntima y profundamente felices que los componentes de un Noviciado de Jesuitas.*

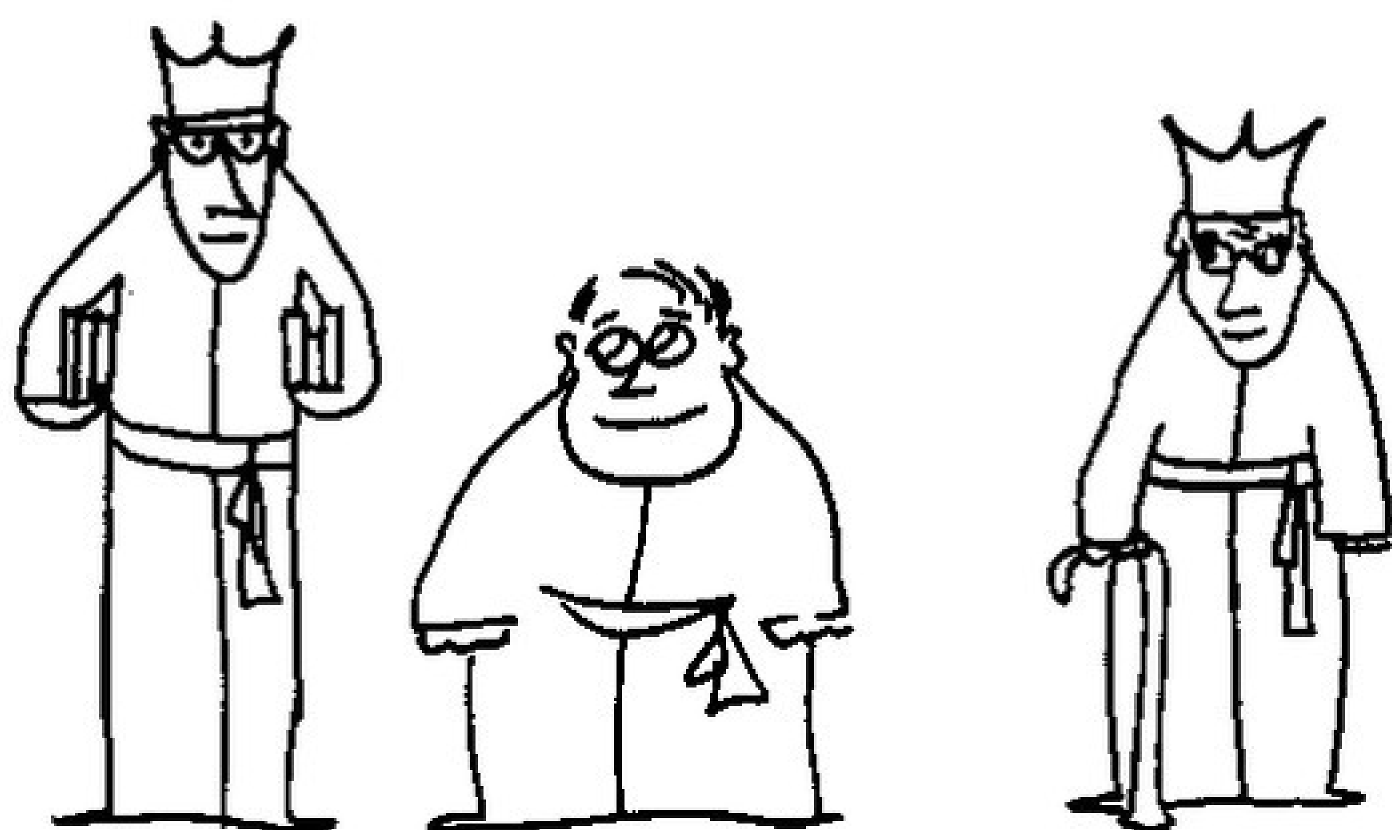
De una u otra suerte, las asperezas de carácter se suavizan, las idiosincracias molestas desaparecen, lo mío y lo tuyo no existen, y la vida es tan llevadera que los dos años vuelan con vertiginosa rapidez. No hay Jesuita que no recuerde, con añoranza por una parte y placer por otra, aquella época fervorosa, alegre y entusiasta de su vida religiosa.



MIS COMPAÑEROS

DENTRO DEL MOLDE

Existe y persiste una leyenda según la cual los jóvenes Jesuitas son introducidos en un molde de cemento o acero,



DENTRO DEL MOLDE

y de él salen con las mismas características y las mismas líneas, como otros tantos Fords espirituales u otros tantos uniformes para los cadetes de la escuela militar. Claro está que quienes aceptan esa leyenda son aquellos que nunca han tratado con Jesuitas.

Nadie que tenga ojos para ver y oídos para oír, confundirá al popular y elocuente Padre Lombardi con el Padre López, quien corre con la dirección de los alumnos de un colegio, ni podría confundir al dinámico y entusiasta Padre Masferrer con el Padre Fernández que pasa los días en el confesonario de una iglesia, o al Padre De Smet, a quien sus contemporáneos llamaban el gran bull-dog, por su valentía y persuasiva elocuencia, con el estudioso profesor de filosofía de un Colegio Máximo. Es indiscutible: *si una comunidad de Jesuitas consta de cuatro, los cuatro son*

otros tantos tipos distintos de hombres, con características bien propias y personales; y si la comunidad consta de quince o treinta, el caso no varía.

Mi Maestro de novicios solía decir: "Acordaos que la naturaleza es la base de la gracia. Conservad vuestros dones naturales, y acrecentadlos. Es Dios quien os ha dado esos talentos y esas habilidades naturales. Conservad vuestro carácter individual y construid sobre el mismo el carácter de Cristo".

En esta frase está contenida toda la formación jesuítica: la naturaleza preservada, pero con el agregado del carácter de Cristo. Eso sí, lo que no se permitía, era el que alguien desarrollara un carácter unilateral. Si un novicio era propenso a la melancolía, se le enviaba al alegre jardín para que lo cultivara; si era de una tesitura soberbia, era el señalado para lavar el piso donde había caído el tarro de pintura; si era frívolo o superficial se le enderezaba al fregadero, donde lavaba los platos o secaba los vasos.

El principio orientador era siempre el mismo: *"Construir sobre la naturaleza el carácter de Cristo"*, y ése fue el gran objetivo del *mes de Ejercicios Espirituales*. Durante treinta días, en un silencio ininterrumpido, escuchamos las grandes verdades de nuestra fe, y meditamos sobre ellas. La primera semana versó sobre las realidades de la vida, el significado de la vida, el pecado, la muerte, el juicio, el cielo, el infierno, y fue nuestra labor el disponerse cada uno a vivir estas grandes verdades. Después pasamos otra semana en el conocimiento de la vida de Cristo; vimos lo que el Hijo de Dios deliberadamente escogió para sí y nos dijimos: "Lo que Cristo escogió para sí es evidentemente lo mejor para mí". Entendimos sin dificultad la pobreza, al ver al Niño Jesús en el establo de Belén, como entendimos los divinos secretos de la obediencia, al contemplar a Cristo sumiso y obediente a José y María en el taller de Nazareth. Contemplamos la hermosura de la pureza en los castísimos ojos de Jesús y admiramos su vida de fatigas y trabajos, y por ellos aprendimos que nuestros trabajos en pro de los prójimos tenían un significado divinamente misterioso. Otra semana versó sobre la Pasión de Cristo y allí se nos hizo ver el terrible poder del pecado, y la fortaleza que infunde en el alma el ejemplo de Cristo para luchar con valentía contra las tentaciones, pues en la gran lucha no estamos solos;

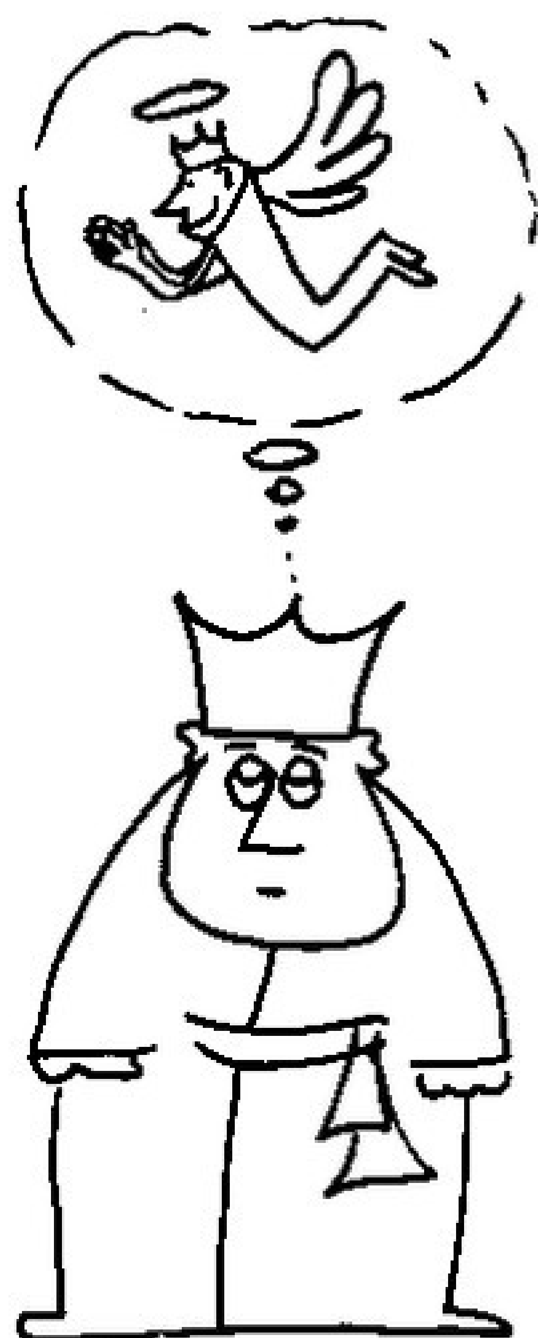
El va adelante. La postrera semana se refirió a la Resurrección de Cristo y a la nuestra, también gloriosa sobre toda ponderación, si convivimos con Cristo, para morir y resucitar con El.

Si hubiere alguna verdad en el dicho de que todos los Jesuitas están igualmente moldeados, estaría en que a todos se les enseña a moldearse según el gran modelo de los santos, *Cristo Jesús*. Y no cabe duda: una agrupación de hombres donde todos tuvieran ese ideal, habría forzosamente de ser el lugar más feliz sobre la tierra. Y no se crea que esto traería monotonía de carácter, cansada repetición o similitud sin variedad. ¿Acaso los santos no eran desiguales en carácter? Compárese a San Agustín con San Jerónimo, o a San Ignacio con San Felipe Neri, o San Juan Berchmans con San Luis Gonzaga.

IDEALES IMPOSIBLES

Aseveran algunos que los ideales jesuíticos son simplemente imposibles, ridículamente engañadores. Se presentan a un pobre novicio, crédulo como todo novicio, unos ideales asombrosos. Hace un esfuerzo sobrehumano para llegar hasta ellos, pero solo llega, con el correr de los años, a la convicción de que superan sus esfuerzos. Por otra parte, ve a otros Jesuitas, más viejos que él, prescindir de tales esfuerzos y de tales ideales, y se desanima, y se desmoraliza. Los ideales desaparecen, porque siendo imposible el conseguirlos, poco a poco pierden ellos toda fuerza. ¿Será esto verdad?

En manera alguna, si un Jesuita no ha perdido antes el sentido común. Cuando novicio, le pusieron delante los ideales de la vida perfecta según Cristo, y se le dijo que jamás podría llegar a la cumbre, pero podría acercarse a ella. Conseguir plenamente los ideales de Cristo sería hacerse uno Cristo. Esto es imposible, y todo Jesuita, aun el menos experimentado en las cosas espirituales, sabe que su labor es aproximarse, cuanto más pueda, a aquel sublime ejemplar. ¿Se va a descorazonar por eso? De ningún modo, como no se descorazonan el pintor o el escultor, porque la figura o la imagen no resultó con toda la belleza y vida con que en su imaginación y corazón la habían concebido. Y lo propio pasa en todas las profesiones donde hay hombres que tienen altos y nobles ideales. No llegarán



IDEALES IMPOSIBLES

a realizarlos, pero ese continuo deseo de superarse, los alejará de la mediocridad.

Todos saben que los ideales son cumbres inaccesibles, pero que es menester tender a esas cumbres para salir de lo vulgar. Lo que son nuestros ideales y lo que son nuestros esfuerzos, para llegar a ellos, eso es nuestra elevación sobre la tibieza y la flojedad. Por eso, cuando un hombre se propone llegar a los ideales de Cristo, propone llegar a una alta y última cumbre. Y aunque no logre subir a ésta, sube a otra más o menos cercana, y para éso ha tenido grandes ideales y ha hecho grandes esfuerzos y se ha templado maravillosamente en lo heroico.

Al ver acaso a otros, mayores en edad religiosa, desistir

de empresa tan santa y sublime, no le descorazona. Sabe muy bien que no a un hombre, sea quien fuere, ha tomado él por modelo, sino a Cristo. Ni juzga temerariamente a los demás, antes recuerda cuánto le costó a Cristo moldear y transformar a sus doce Apóstoles. Además si es él un verdadero tipo de Jesuita, estará demasiado atareado para perder su tiempo preocupándose de las miserias ajenas, y será también demasiado amplio de espíritu y tolerante para dar importancia a las pequeñeces de unos cuantos, en medio de tantos otros que, con paso heroico, marchan denodadamente por el camino de la virtud, hacia las cumbres de la santidad.

LOS CLASICOS

La inmensa mayoría de mis lectores no sabe (y es una gran lástima), lo que son Clásicos. Tampoco lo sabía yo cuando estaba en el Noviciado. Sabía que, una vez pronunciados los votos, pasaría al grupo de los llamados Juniores, y con ellos estudiaría los Clásicos. Hice en efecto los votos. Fue el gran acontecimiento. El mismo día en que cumplía el período prefijado, ante el Maestro de novicios que decía la misa, ante mis compañeros novicios y delante de Dios y sus santos, prometí pobreza, castidad y obediencia. Antes ya era Jesuita, pero ahora era yo más Jesuita, y sólo llegaría a ser un *Jesuita*, en la plenitud de este vocablo, al hacer mis últimos votos.

Y pasé a estudiar los Clásicos al viejo monasterio de Veruela, que fue, en siglos pasados, morada inexpugnable de religiosos cistercienses. Una gran muralla con torreones rodeaba la casa y sus jardines, patios y huerta. Era una visión medieval en pleno siglo XX. Sublime visión para almas juveniles, capaces de apreciar la belleza de lo arcaico.

¡Con qué entusiasmo estudiábamos el latín y el griego, y leíamos a Homero y a Sófocles, a Píndaro y a Jenofonte, a Virgilio, Cicerón y César! Hurtábamos complacidos el tiempo a los deportes o recreaciones para abrir el poema latino o la tragedia griega, y recrearnos con su lectura siempre sabrosa y sabia. Hablábamos de la conspiración de Catilina, como si hubiera tenido lugar en aquellos días; nos informábamos de las aberraciones de Verres, como si fueran las últimas noticias de la policía local; y nos entusiasmábamos con los relatos de César sobre la toma de

Alesia y sobre las victorias contra los Vénetos, como si acabaran de suceder.

Y después de los Clásicos griegos y latinos, los grandes



autores modernos. Allí en plena tranquilidad de espíritu ¡cómo gozábamos leyendo el Paraíso Perdido, la Divina Comedia, la Jerusalén Conquistada o Los Lusíadas de Camoens! Otras veces nos solazábamos con El Rey Lear o la Estrella de Sevilla, la Campana de Schiller o las odas de Luis de León. Nuestro placer, y placer juvenil, sano, rebosante, era inconmensurablemente mayor que el que percibe la pobre juventud que, en el bar o en el dancing club, en el cine o en el teatro, busca saciar su hambre y sed de felicidad. Les costará a algunos creerlo, pero no cabe duda que así era.

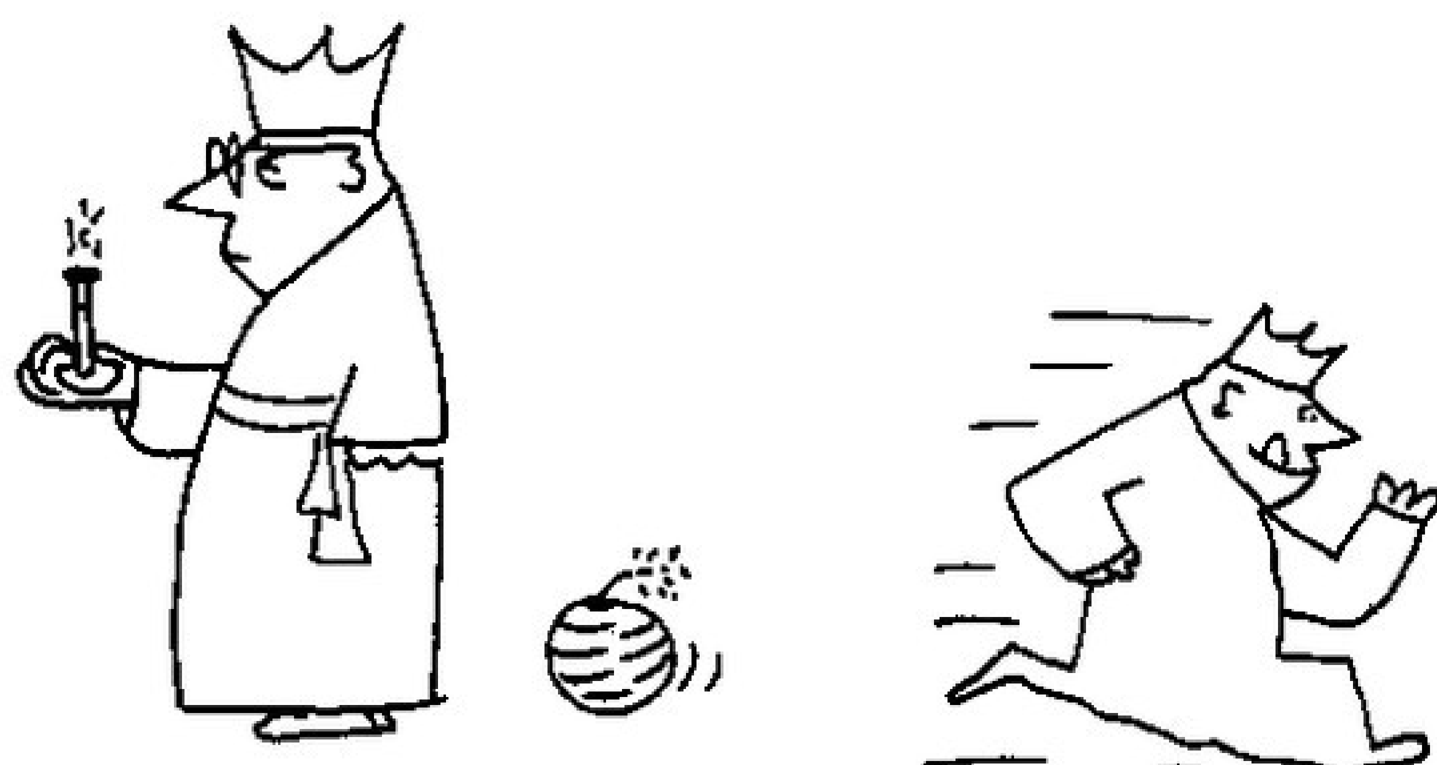
LAS CIENCIAS

Un día me preguntaron los superiores: "¿Tendría usted inconveniente en ir a los Estados Unidos para proseguir allí sus estudios?" —¿Yo? ¡ninguno! — Pues embárquese el lunes próximo y vaya vía Cuba, a Florida". Y así se hizo. Pasé al Colegio de Woodstock en Marilandia, cerca de Wáshington. Años verdaderamente inolvidables pasé allí,

con una juventud animosa, divertida, laboriosa y santa. Eramos unos cien los "filósofos". Así se nos denominaba porque era la filosofía nuestro principal estudio. Pero también estudiamos física, química, matemáticas e historia natural; en algunos períodos especiales, tuvimos hebreo y pedagogía.

Es posible que haya habido en el mundo una juventud más alegre y más casta, más trabajadora y entusiasta; pero ignoro dónde y cuándo. Lo propio habré de decir de aquellos profesores tan sabios, tan santos, tan caballeros. En aquel ambiente advertíamos apenas cómo se desarrollaba en nosotros el instinto de pensar lógicamente, y el grande y divino arte de discurrir en línea recta, sin zig-zags y desvíos.

Como el amor que en años anteriores se nos había comunicado por los Clásicos seguía ardiendo, sabíamos amenizar nuestros estudios científicos con la lectura, a veces en común y bajo una glorieta o junto a las cataratas del cercano Potomac, o en el frondoso bosque, de nuestros autores predilectos: Dryden, Keats, Shakespeare, o Allan Poe que vivió y murió en las cercanías de Woodstock.



LAS CIENCIAS

LAS VACACIONES

Terminado el primer año de Ciencias, partimos, en unión de los teólogos, a Baltimore, para tomar allí el barco que debía conducirnos, en ocho horas, a una isla que se halla en la entrada de la bahía de Chesapeake.

La casa o casas eran primitivas en su estilo, todas de madera ya gastada y agrietada; más su situación en medio de la pequeña isla, y los hermosos campos y bosques que las rodeaban, les daban un encanto singular. Pero el mayor encanto era el de aquellos ciento cincuenta jóvenes, pletóricos de vida, de pureza, de alegría, de buen humor y de iniciativas múltiples.

El remo, los deportes y el canto absorbían las horas del día. Al ponerse el sol, salían las veinte o más grandes canoas, y lejos de tierra, formando todas ellas como una simbólica corona, cantábamos las letanías de la Virgen, después de rezar su santo rosario, y cantando volvíamos a nuestro muelle con la conciencia tranquila, el cuerpo robustecido, el alma serena y el corazón alegre.

TRABAJANDO

A los veinticinco años, cuando había recorrido la mitad de mi carrera estudiantil, pasé a Buenos Aires para ocuparme en el magisterio, primero en el Seminario de Villa Devoto y después en el Colegio del Salvador. Es un poco arriesgado hablar de los seis años que pasé en estas instituciones, ya que los seiscientos jóvenes que, en una y otra, estuvieron bajo mi influencia en el aula de estudio o en las clases, son hoy abogados de prestigio, médicos de renombre, ingenieros de sólida conciencia, párrocos de valía y hasta Obispos de la Iglesia de Dios. Cualquiera de ellos podría echarme en cara cualquier exageración o frase infiel que saliera de mi pluma.

Pero no temo el peligro, porque sea cual fuera la opinión que ellos puedan haberse formado de esos años de mi vida religiosa, yo personalmente los considero los más valiosos, y en algunos respetos, los más felices. Lo que había leído y estudiado sobre lo que era conducir las masas e influir a los demás, adquirió entonces una solidez y consistencia de que antes carecía. El hallarme entonces en contacto con una juvenil y vigorosa vida humana, abrió nuevos

horizontes a mi vida.

Mis clases no eran, tal vez, muy ordenadas, ni en ellas lucía la disciplina y armonía de que algunos gustan, y que hasta consideran indispensables; pero nunca me fueron desagradables, y estoy seguro de que mis alumnos no se aburrieron jamás en ellas.

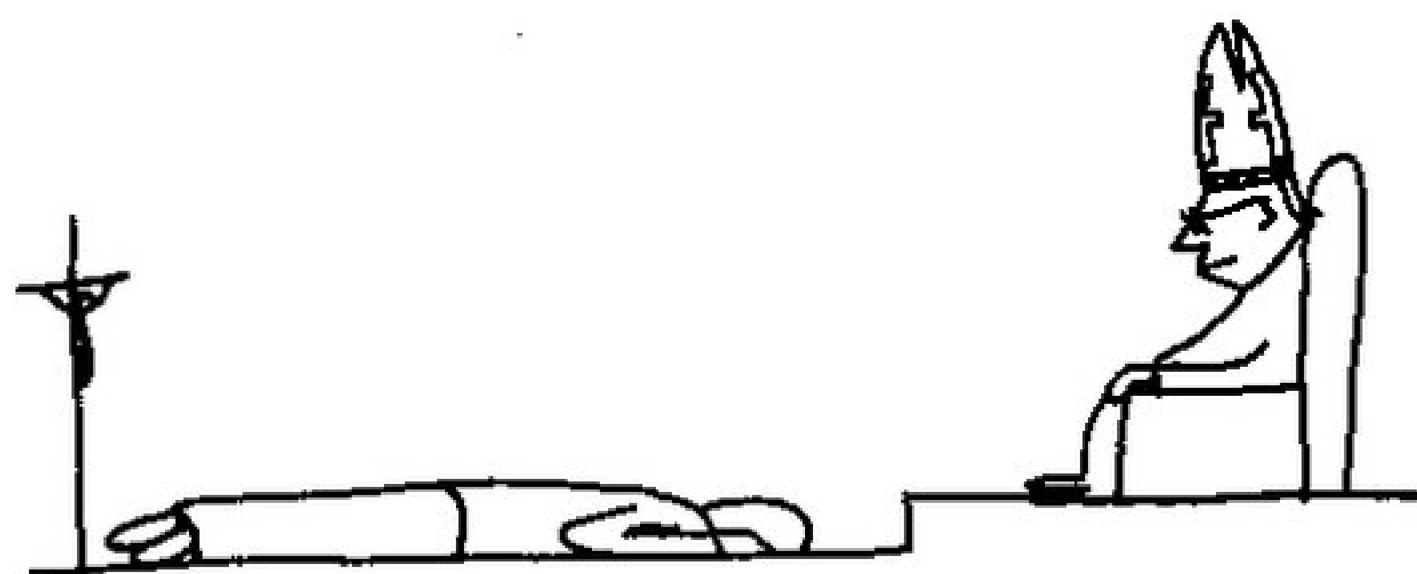
No era mi principal preocupación la asignatura que enseñaba, en sí misma, aunque estaba en la convicción de que uno de los mejores medios para tener autoridad sobre los alumnos, era dominar lo que enseñaba. Pero, fuera historia universal o argentina, literatura preceptiva o historia de la misma, matemáticas o inglés, griego o latín, consideraba esa enseñanza como un simple medio para otra enseñanza superior y trascendental: la formación del carácter, del alma. Esta iba a veces sintetizada en una frase: "el niño es el padre del hombre" o "no sigas la senda de las vacas" o "no seas del montón", u otras parecidas.

Estoy seguro que mis alumnos nunca llegaron a gozar tanto con aquellas mis clases, como yo gozaba con ellas. Me dolían los días de vacaciones, pues me privaban de ese placer; y bien cierto es que en aquellos años jamás conocí un día aburrido o una hora de ociosidad. Solamente por las noches, nos reuníamos los jóvenes maestros en un rato de ameno esparcimiento y, como era natural, todos los comentarios versaban sobre los sucesos del día escolar. Era aquél un rato de gratísimo compañerismo y simpático recuento de las peripecias del día.

SACERDOTE

Y vinieron después los años de Teología, preparación inmediata al sacerdocio. Intensa labor, dura labor a las veces, pero labor gratísima, teniendo ante los ojos y en perspectiva las órdenes sagradas. Los profanos nunca podrán ni barruntar la ansiedad con que un estudiante de la Compañía de Jesús, sobre todo un teólogo o estudiante de teología, espera aquel día feliz de su ordenación sacerdotal. Yo, como todos mis compañeros, nos despertábamos cada mañana con la idea y el ensueño de aquella mañana bendita en la que habríamos de consagrarnos enteramente a Dios.

No voy a extenderme en los recuerdos de aquellos cuatro años de teología, pero hay un recuerdo que es imborra-



ble sobre todo otro: uno de mis compañeros era el Padre Miguel A. Pro, quien, años más tarde, y después de una vida de heroísmos, dio su sangre por Cristo, en tierras mejicanas. De todos los que entonces cursaban la teología, era Pro el más alegre y divertido. Un cuento de Fritz y Franz en sus labios producía, en los oyentes, mayores raudales de noble placer y de sana alegría que cien films de Carlitos Chaplin. Era en verdad un alegre santo que pasó por este mundo sembrando alegría y santidad.

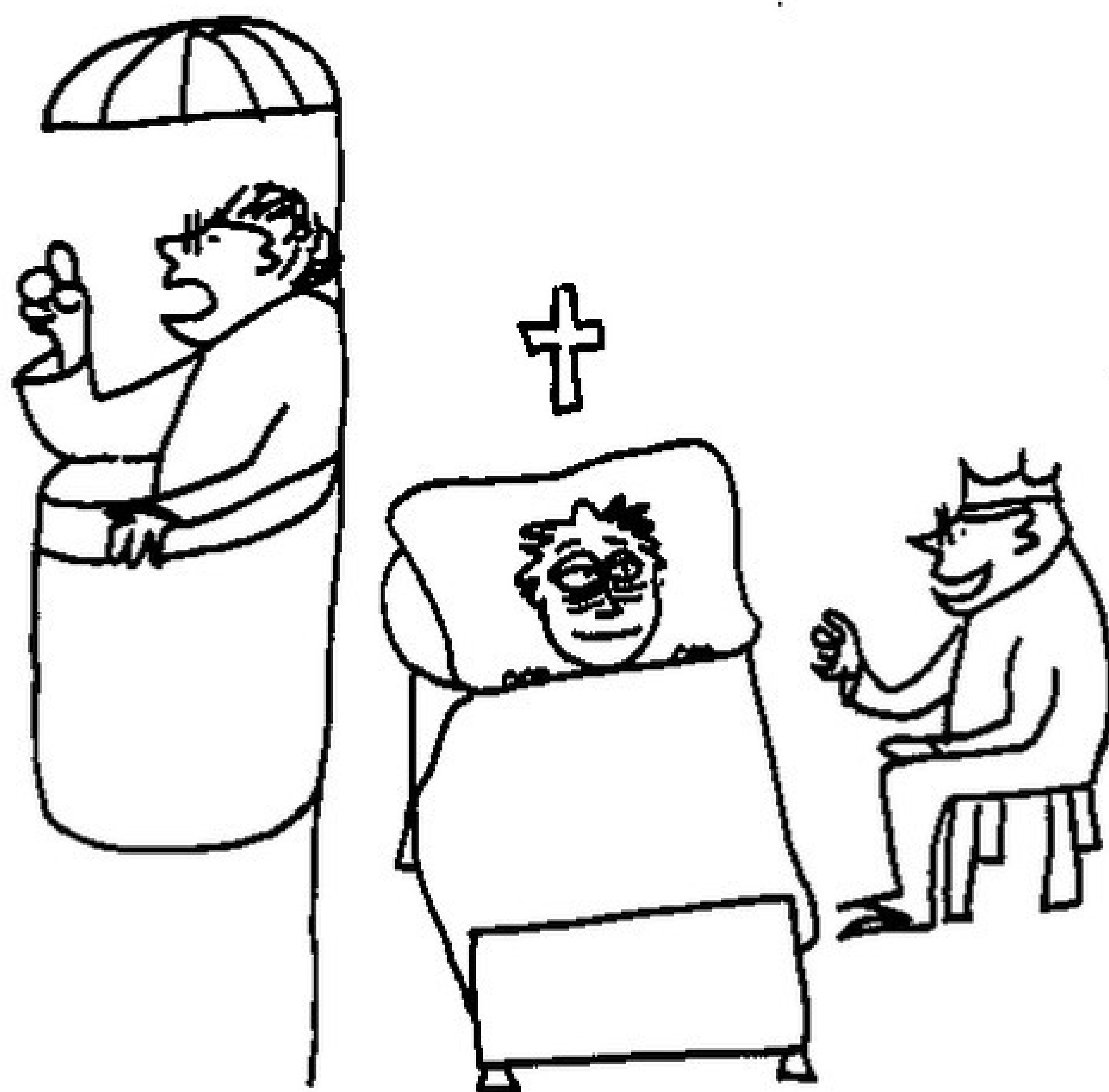
Ese es el recuerdo más grato que conservo de mis compañeros de Teología; pero le supera el recuerdo de lo acaecido al terminar los años de estudios teológicos: mi ordenación sacerdotal. Pasan ahora por mi mente, llenándome de regocijo, el recuerdo de aquellos momentos cuando el señor Obispo puso sus pesadas manos sobre mi cabeza, cuando toqué los instrumentos litúrgicos destinados al santo sacrificio de la Misa y el Obispo agregó unas frases tan venerables como significativas, cuando levanté mis manos para bendecir seres queridos que se habían hincado frente a mí, cuando elevé la hostia sacrosanta, cuando por primera vez pronuncié el: *Yo te absuelvo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*. Ni tengo la capacidad, ni la voluntad de detallar aquellas escenas de mi vida. Son además demasiado íntimas y sagradas.

Y después el Noviciado otra vez. No se llama así, pero es así la "Tercera Probación". Otra vez, como en el Noviciado, se hace el mes de Ejercicios Espirituales y vuelve el

joven soldado de Cristo, equipado ya y uniformado, a penetrar nuevamente y con mayor empeño aún en los misterios de la vida de Cristo. Tiene esta preparación un objeto inmediato: la salvación de las almas, a la que deberán entregarse en breve los nuevos sacerdotes, ya sea en los ministerios de la predicación y confesión, ya sea en el magisterio, ya sea por medio de la pluma, o de cualquier otra suerte, con tal que Cristo sea predicado.

CAMINOS DIVERSOS

Después de la "Tercera Probación", a la vida pública, como Cristo después de sus treinta años de vida oculta en Nazareth. Hasta la edad en que el Jesuita inicia su apostolado exterior, coincide aproximadamente con la edad, en que Nuestro Salvador comenzó el suyo.



CAMINOS DIVERSOS

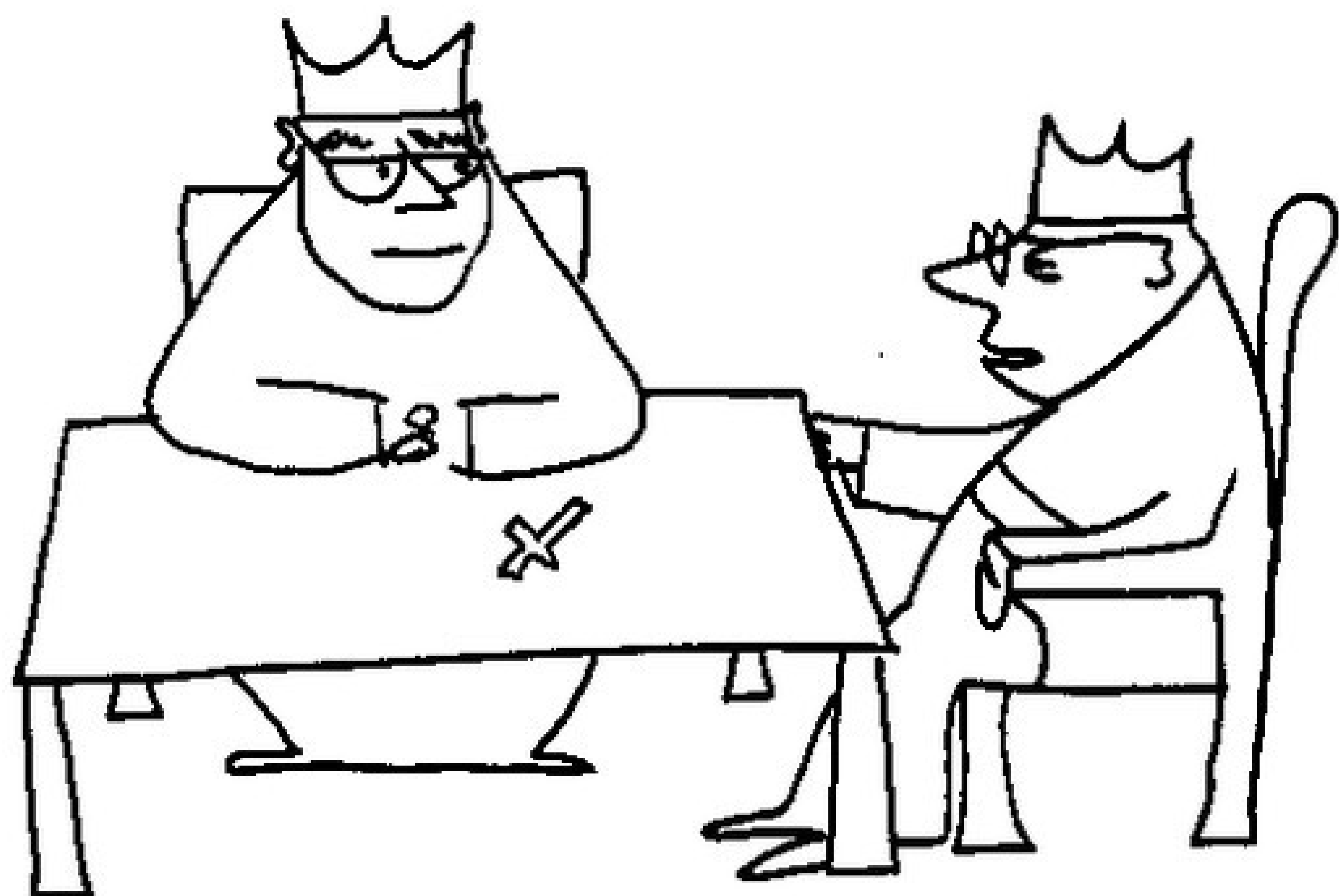
En esta nueva vida pronto conoce el Jesuita que, no obstante haber recibido una tan larga y esmerada educación, toda ella no es más que un mínimum. Se espera que además de poseer aquélla, la irá, día a día aumentando y perfeccionando. Y esto en todos los campos, así en los espirituales como en los intelectuales. Las ciencias y artes que enseñará en los primeros años después de su ordenación sacerdotal, como las había enseñado anteriormente, le manifestarán cuáles son sus habilidades propias, cuál su vocación dentro del sacerdocio.

Pronto se dará cuenta el joven Jesuita que *todo Jesuita es, en alguna manera, un especialista*, y verá cómo los superiores favorecen esas vocaciones personales, y cómo todos los demás Jesuitas se empeñan en que cada uno dé de sí cuanto pueda para la gloria de Dios. La Compañía de Jesús da a todos sus hijos un rico caudal, pero deja a cada uno explotarlo según su carácter, inclinaciones y talentos: sabia táctica, enseñada y practicada por San Ignacio.

Uno de mis compañeros de Teología se dedicó a la oratoria, para la que tenía grandes dotes, y es en estos momentos un eximio orador en las ciudades levantinas españolas. Otro simpatizó con la labor entre leprosos, y a ella consagró su vida en Filipinas. Un tercero solo pensaba en las misiones rurales, y sé que allá en la India, gracias a su Ford que él mismo maneja, va y viene de pueblo en pueblo, haciendo las veces de cinco o más sacerdotes. Un cuarto compañero deseó especializarse en griego y latín, y los superiores le inviaron primero a Oxford y después a Bonn. Yo mismo sentí inclinación a los estudios históricos, y puedo decirlo con toda verdad y gratitud, los superiores me favorecieron en todos sentidos. Me bastó indicar la conveniencia de ir a los grandes archivos españoles, y para ello me dieron amplísima facultad. Insinué la conveniencia de ir al British Museum de Londres, a la Biblioteca Nacional de París, a la Real de Bruselas y al Archivo de Munich, y no solamente no hubo obstáculos, antes, por el contrario, facilidades amplísimas. Y es el caso de todos los que se sienten inclinados a un trabajo especializado: la Compañía de Jesús los alienta, ayuda y favorece cuanto puede. Si no lo hace siempre, es, o porque no conviene para la gloria de Dios, o porque materialmente no pueden por una u otra causa.

OBEDIENCIA CIEGA

Todo esto es muy hermoso, dirá alguien, pero ¿qué me dice Ud. de la obediencia ciega? —Ah, exclama el lector de Dumas y de Sue, yo diré lo que es: El superior se



yergue altanero y, teniendo delante, hincado a sus pies, al súbdito, le ordena hacer lo que él quiere, aunque sea el arrojarse sobre los rieles, ante un tren que le va a destrozar, o el envenenar a un ministro de estado o a un huérfano del asilo. Da la orden y agrega: "Ud. no piense, ejecute mi orden, aunque sea de consecuencias tan desastrosas". Y según estos sabios novelistas, el Jesuita no piensa sino que va, y tomando el puñal atraviesa el corazón del Rey de Francia, o ultima a la rica viuda, de cuyos bienes se posesiona la Orden.

Los Jesuitas se divierten al leer u oír tamañas necedades, que aquellos novelistas escribieron para divertir, y que tantos otros repiten creyéndolas verdades de a puño. No en vano dice el Espíritu Santo que es incontable el número de los insensatos. Claro está que el Jesuita es disci-

plinado en la obediencia y en una "obediencia ciega", si es que se quiere usar este término, pero es una obediencia que nada tiene de irracional o indigno de un hombre. Será, si se quiere, la obediencia de la Brigada de Húsares, que marcha, una vez recibida la orden, y no vuelve atrás, aun cuando perciba que la orden ha sido erróneamente dada, y van todos a una muerte segura. Todo verdadero soldado obedece en esa forma viril y rápida, aun por razones menos notables que las de un Jesuita. Y el Jesuita recuerda con placer que su Fundador fue un soldado y capitán de soldados, que cambió después el uniforme de soldado del Rey por el de soldado de Cristo, y siguió siendo el capitán, aunque de una milicia sobrenatural, cuyo Capitán supremo es Cristo Nuestro Señor.

Todos esos terrores, frutos de la obediencia ciega, que describen algunos autores y relatan algunas personas muy mal informadas, no tienen consistencia alguna. Quien de ello dudare, puede ir a cualquier biblioteca y ver lo que dicen las Constituciones de la Compañía a este efecto: obediencia, sí, y obediencia de voluntad y de entendimiento, obediencia ciega, pero tal de parte de los súbditos, porque lo que manda el superior es lo que manda Dios, cuyo lugarteniente él es.

Cuando uno entra en la Compañía debe, sin duda, serle algo difícil la obediencia. No creo que sea más tolerable la que ejercitan los jóvenes cadetes y aun los empleados de un banco o los de una casa de comercio. Donde hay organización y disciplina, ha de haber sujeción y obediencia. Es un medio lícito y necesario para un fin.

Pero la diferencia es, no obstante, muy grande, ya que los motivos son muy diversos. En las empresas comerciales se obedece para no ser despedido; en los cuarteles para no ser arrestado; pero en las comunidades religiosas, el motivo es muy otro. Sabemos que a la Iglesia Cristo le ha dado sus poderes de atar y desatar, y declaró Cristo a los Apóstoles y sucesores que "los que a vosotros oyen, a Mí me oyen, y los que a vosotros desoyen a Mí me desoyen". La Iglesia tiene ese poder recibido de su Fundador divino, y cuando la Iglesia aprueba una orden religiosa, como aprobó a la Compañía de Jesús, el Papa trasmite parte de ese poder a los que fueren superiores en la misma, de donde

se sigue que los superiores en una comunidad religiosa participan de los poderes de la Iglesia que son los poderes de Cristo. Siendo esto así, el que obedece a los superiores no obedece a un hombre, sino al mismo Cristo. Este es el gran secreto, el gran mérito y lo que da tanta fuerza y hasta tanta alegría en el cumplimiento de la obediencia religiosa.

LAS REGLAS

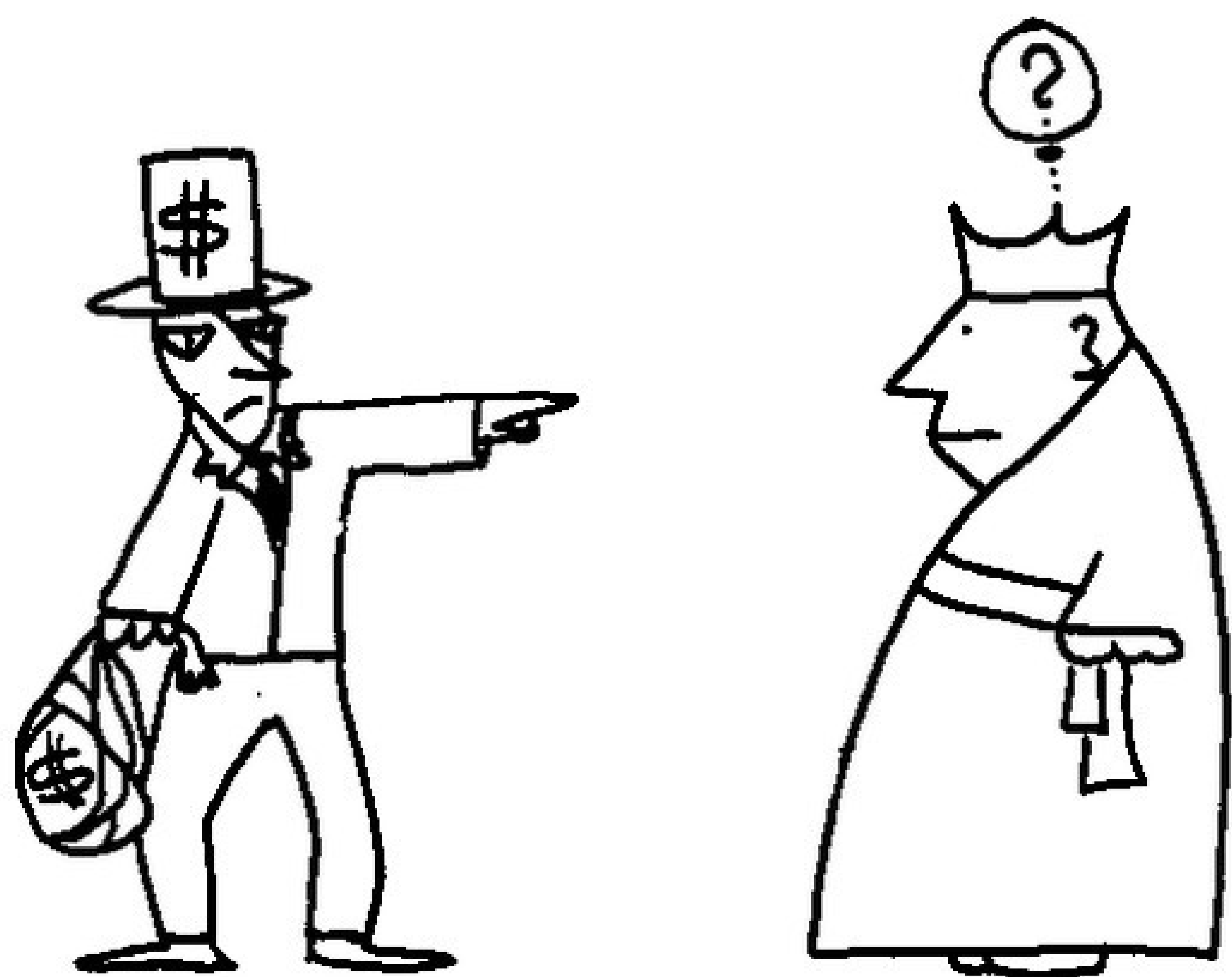
Las Reglas son unos extractos de las Constituciones que escribió San Ignacio, con el agregado de algunas disposiciones posteriores. Fuera de aquellas que se relacionan con los votos, ninguna hay que obligue a pecado mortal, ni de suyo a pecado venial. Más que órdenes que atan, son indicaciones o tableros que guían. Son más bien medios para acercarnos más y mejor a Cristo y para parecernos más y mejor a El. Son de tal índole que, con sólo cumplirlas a perfección, han llegado muchos religiosos a una egregia santidad.

Los votos, claro está, tienen sus dificultades y se necesita una voluntad firme y decidida para cumplirlos. Pero precisamente porque exigen esfuerzo y trabajo, se abraza el religioso con ellos. Quiere hacer algo grande por Cristo, algo que supere la mediocridad, y halla que por medio de los votos puede realizar este hermoso ideal. Son difíciles, es verdad, pero posibles y muy posibles. Aun más, con la gracia de Dios, hasta fáciles.

Aquí, como siempre, el ejemplo de Cristo tonifica e ilumina. ¿Acaso al venir a este mundo y tomar nuestra naturaleza no escogió una Madre Virgen, y El mismo vivió virgen? ¿No escogió nacer en sujeción y vivió sujeto durante treinta años a José y María? ¿No nació y vivió pobre y sin tener dónde reclinar su cabeza?

RIQUEZAS JESUITICAS

¡Cómo contrastan, según algunas personas, con la pobreza de Cristo! —Cosa curiosa: este aserto tiene una vitalidad centenaria o multicentenaria. Ya era popular en tiempo de San Ignacio. Cuando en 1767 y 1768 sobrevino, en los dominios españoles, la expulsión de los Jesuitas, se es-



RIQUEZAS JESUÍTICAS

peró hacer todo un negocio con sus tesoros. Fueron los Jesuitas sorprendidos y arrestados; se examinaron sus libros de cuentas y sus arcas de caudales: éstas estaban vacías y aquéllos sólo acusaban deudas. Entonces se dijo que habían enterrado los millones, y todo el mundo sabe cómo en la Argentina una compañía londinense vino años atrás a desenterrar los dichos tesoros... ¡Tenía hasta las señales más ocultas del rico hallazgo!

Yo he recorrido bastantes casas jesuíticas, en Europa y en América, y he vivido en ellas por algunos años, a lo menos por algunos meses o semanas, y el hecho es éste: ni en las casas y colegios de Nueva York, Wáshington, París, Bruselas, Berlín, Madrid y demás que he visitado, he visto tales tesoros ni indicios algunos de su existencia. En ninguna casa, ni en las fiestas más grandes, he visto vajilla de lujo, o algo por el estilo. Desde el Noviciado de Córdoba hasta el Colegio del Salvador en Buenos Aires he usado platos desportillados y cubiertos tan sencillos como los más

ordinarios en la casa más humilde y modesta.

Hace justamente 50 años que no sé lo que es tener habitualmente un peso moneda nacional en mi bolsillo. Cada vez que salgo de casa, pido cuarenta u ochenta centavos, según sean dos o cuatro tranvías u omnibuses que he de tomar para las diligencias que tengo que hacer. Más de una vez, estando fuera de casa, he pedido unos centavos prestados, para poder regresar a casa.

Tienen lòs Jesuitas, y es verdad, magníficas y hermosas iglesias, pero son para la gloria de Dios y para provecho, devoción y bienestar de los fieles que a ellas acuden. Tienen grandes colegios y hasta universidades, pero estas instituciones educacionales son para los estudiantes que quieran con provecho y comodidad cursar sus estudios. Tienen observatorios e institutos científicos, pero son para el adelantamiento y progreso de las ciencias.

Nunca y en ninguna parte, han sido los observatorios o los colegios un negocio económico. Por eso los colegios de los Jesuitas, si son grandes, suelen tener grandes deudas, y si son pequeños pequeñas deudas, pero las deudas nunca faltan. Fundados sin dotación económica, se sostienen gracias a la dotación humana de la generosidad y lealtad de sus profesores y superiores. De otra suerte estarían ya todos en plena bancarrota.

INTRIGAS JESUITICAS

Es éste otro capítulo de horrores, según ciertos novelistas y aun ciertos escritores. Según ellos, el Jesuita es un tipo multiforme que entra taimadamente en las Cortes y Casas de Gobierno y, sin que nadie se percate de ello, hace y deshace a su capricho. ¿Acaso no se ha dicho que la renuncia del que fue rey de Inglaterra, fue obra de los Jesuitas? ¿Acaso, cuando murió el presidente Harding, no aseveró un pastor protestante que un Jesuita le había envenenado con "veneno mental"?

Sin embargo, ciertos hechos de la historia parecen demostrar que los Jesuitas, a lo menos en otros tiempos fueron políticos de terrible envergadura. Como la Compañía de Jesús nació en la época del Luteranismo y éste se propuso ganar adeptos, ganando a los príncipes y señores, vióse la Iglesia en la precisión de luchar con las mismas armas. Era el único medio lícito de combatir. Si triunfaban

en Alemania los señores luteranos, Alemania era luterana; si triunfaban en Francia los Hugonotes, Francia era hugonote; si triunfaba en Inglaterra la causa de Isabel, Inglaterra sería protestante, y si triunfaba María Estuardo, Inglaterra sería Católica.

Estando tan unida la política de aquellos tiempos con los intereses religiosos, y habiendo los Papas elegido por sus embajadores, en muchas ocasiones, a los Jesuitas, era natural y hasta forzoso que actuaran en política. No era, sin embargo, la política su objetivo, sino la salvación de las almas lo que les movía a poner todos los medios legítimos para impedir la acción perniciosa de los malos y para secundar la labor beneficiosa de los buenos.

El caso es, pues, sencillamente éste: cuando la política estaba entremezclada con la religión, los Jesuitas no podían interesarse en ésta, sin estar también vitalmente interesados en aquélla. Calvino, Juan Knox y Martín Lutero les precedían con el ejemplo, y habrían sido los Jesuitas unos ilusos si hubiesen pensado vencerlos con otras armas. El hecho, pues, es claro: no se entrometieron en la política por la política o por querer triunfos personales o colectivos de la Orden, sino para defender los intereses de la Iglesia que peligraba.

Entre esto y el aseverar que los Jesuitas andaban destronando reyes y volcando del trono a príncipes, y conspirando contra los gobiernos, hay un abismo de diferencia, y sólo escritores que odian a la Iglesia y sus instituciones y lamentan sus triunfos, pueden estampar en sus publicaciones tales asertos.

Por lo que respecta al presente, puedo decir que jamás he visto ni en superiores ni en súbditos una inclinación, no ya a participar en la política, pero ni una preocupación por ella. Cuando ha llegado el día, he votado por los candidatos a quienes según mi conciencia debía votar. He votado, algunas veces, por los de un partido político, sabiendo que otros de la comunidad votaban por los candidatos de otro partido. Desde el Provincial abajo, he visto siempre que los partidos políticos y la pequeña política eran de las cosas que menos les preocupaban.

Claro está que cuando la política o los políticos ofenden los intereses de Cristo o, directa o inderectamente, conspiran contra ellos, no serán los Jesuitas los últi-

mos en levantar la voz; pero eso no es hacer política, sino mirar por lo más santo y sagrado que hay sobre la tierra, que es la Iglesia de Cristo.

CUANDO YO YERRO

Nadie mejor que yo mismo, sabe cuán lejos estoy de presentarme ante el público como un Jesuita ideal. Confieso ingenuamente que no me siento preparado, como debiera, para encontrarme con mi padre, San Ignacio, y mucho menos para encontrarme con Cristo. No voy a hacer ahora una confesión, aunque tengo mis miserias. Lo que quiero decir, es que si no he llegado al ideal y a la plenitud de la vida jesuítica, no hay más que una causa o una persona a quien hay que achacar la culpa, y esa persona soy yo. No he de lanzar anatemas contra otros, ni ponderar la crueldad de las Reglas y Constituciones, ni insinuar siquiera que el sistema es un fracaso.

Si no he llegado a compenetrarme con el hermoso ideal, que la Compañía pone ante mis ojos, es porque he sido un cobarde, un perezoso espiritual. Nunca se me pasará por la mente que la Compañía me ha escatimado las oportuni-



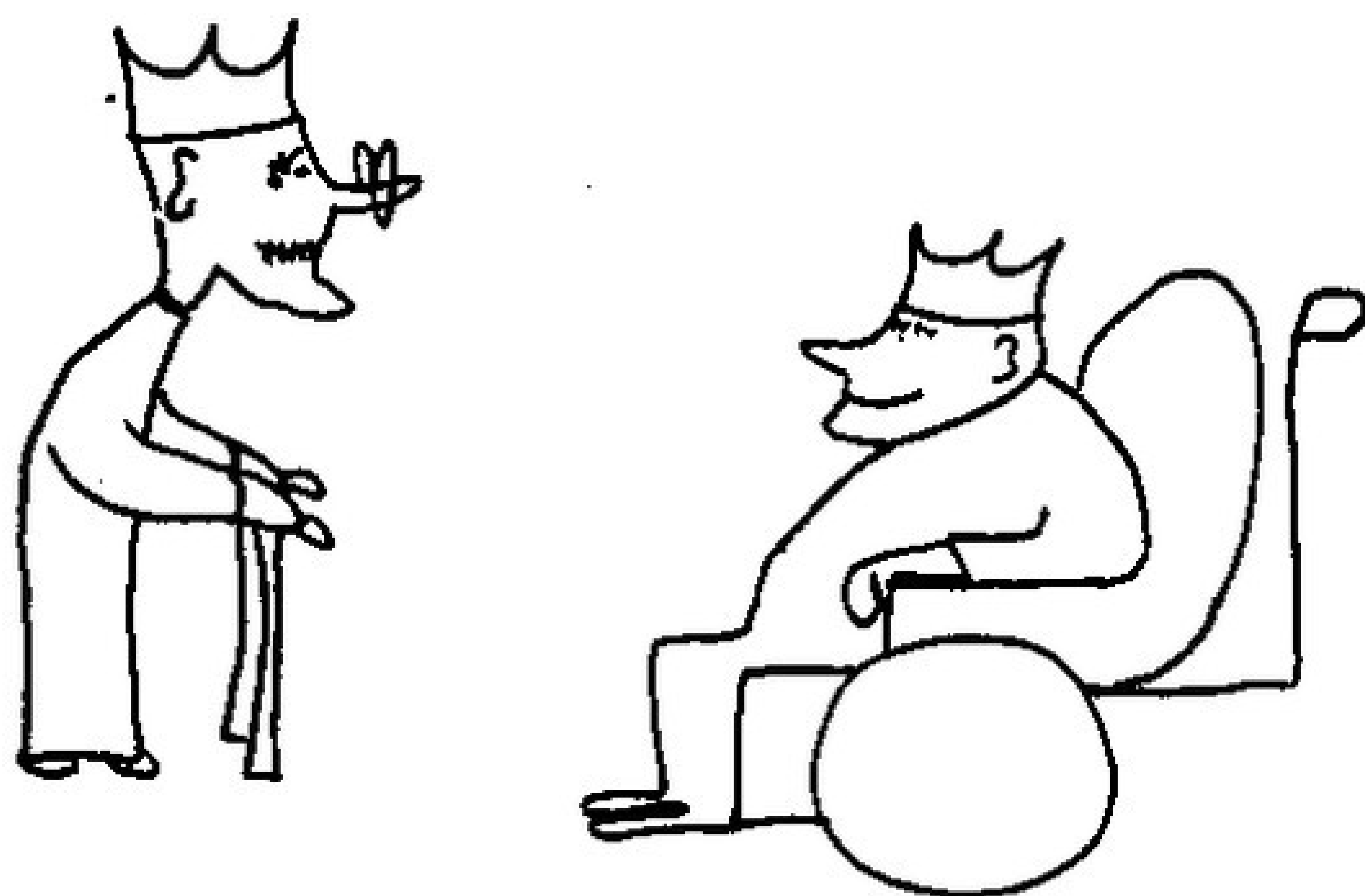
dades, todas las posibles oportunidades, de parecerme a Cristo, cuanto puede ser. Cada año, durante ocho días, se me ha obligado a dejar toda otra ocupación y a ocuparme exclusivamente en un balance, delante de Dios, de mi vida espiritual. En esta ocasión he podido anualmente comprobar mis deficiencias personales, al propio tiempo que admiraba los medios y recursos tan abundantes y tan excelentes, como me ofrecía la Compañía para mi santificación y aprovechamiento espiritual.

A todo esto, hay que agregar que, día a día, he tenido a mi alrededor ejemplos egregios de vidas generosas, cuyos destellos me inducían a la generosidad con Dios y con el prójimo y a la vida austera, santa y sacrificada. La Compañía ha puesto a mi disposición sus mejores sacerdotes para padres espirituales y sus mejores oradores espirituales para las exhortaciones domésticas. He tenido libre acceso a las bibliotecas, cuyos estantes, llenos de libros de lectura sólida y elevadora, me ofrecían abundancia incalculable de luces y de energías. A pocos pasos de mi cuarto, he tenido la capilla, donde Cristo Sacramentado me brindaba generosamente su Corazón. Realmente, si no soy, como no soy, un Jesuita ideal, no se debe atribuir a otro la culpa. Es toda mía.

No se debe culpar a la organización, cuando ésta pone todos los medios. Deberá atribuirse a la materia prima, que en vez de ser greda, es barro común y ordinario. Si la Compañía de Jesús falla con algunos, no es cosa rara ni para que nos extrañemos. Ni ella podrá hacer que un orgulloso se enamore de la humildad de Cristo, si el orgulloso se obstina en su tosudez, ni que un altanero y voluntarioso se abrace con la obediencia, si apasionadamente insiste en ser un rebelde. La Compañía de Jesús no es una fábrica de hacer milagros.

LOS JESUITAS VIEJOS

Y hay un grupo de Jesuitas que es, para todos los demás, un incentivo y una inspiración. Aludo a esos varones que han vivido cincuenta o más años en la Compañía y que ya, cumplida su misión acá abajo, están como esperando su tránsito a la eternidad. Los jóvenes llenos de ilusiones, tal vez no sean los testigos más abonados; los



LOS JESUITAS VIEJOS

entrados en años como se hallan tan atareados en su labor apostólica, tal vez tampoco sean buenos testigos; pero ésos que ya nada esperan, nada desean, ésos que han vivido su vida y sólo ven por delante la eternidad, ésos sí que me parecen testigos de primer orden.

Nadie que está frente a la eternidad se atreve a mentir. Por otra parte ya no hay ilusiones; se ven entonces las cosas en toda su realidad, sin velos ni postizos. Por eso me place oír hablar a los ancianos, y, por ellos, llego a la evidencia de que la vida del Jesuita es, en sí considerada, una de las cosas más preciosas que hay en este mundo.

Ese grupo de varones venerables y beneméritos es el mejor panegírico de lo que es la Compañía de Jesús. Allí está el ex-misionero de Filipinas, ochentón, que sólo piensa en sus indios, entre los que ha vivido cuarenta años; allí está el que fue profesor durante media centuria y gastó sus energías formando generaciones viriles y sabias; allí está el ex-Maestro de novicios, cuyo único placer ahora es pasar las largas horas ante el Santísimo; allí está el fecundo escritor que publicaba infolios con la regularidad con que otros

publican folletos. Todos ellos ya no pueden trabajar. Les tiemblan las manos. Sin embargo, recuerdan complacidos el largo pasado y agregan con la mayor naturalidad: "¡Qué hermoso fue todo eso! "

Nunca he hallado un anciano Jesuita que no pensara lo mismo. "¡La vida que he vivido ha sido una gran vida! " es la exclamación de todos, y si les preguntase: "¿Qué vida quisiera haber vivido, o cuál viviría si le fuera dado iniciarla nuevamente? ", todos, sin excepción, me responderían: "pues no elegiría otra; aunque me esforzaría en vivirla con mayor perfección". Sospecho que son pocos los profesionales u hombres del mundo que dieran la misma respuesta.

CONSEJOS A LOS JOVENES

Siendo así las cosas, si un joven viniera a mí, solicitando mi opinión sobre sus dudas (y tengo el placer de decir que no pocos han venido, ya con la duda de si eran, o no, capaces o aptos para la Compañía de Jesús), conversaría con él, y en la conversación dejaría que fueran brotando de parte mía estas interrogaciones:

"¿Tiene Ud. valor para obedecer a un hombre, a quien tal vez crea Ud. o sepa que es inferior a Ud. en dones espirituales o en luces intelectuales? ¿Cree Ud. que, con la gracia de Dios, podrá vivir una vida casta? ¿Tiene Ud. voluntad de trabajar fuerte, constante, entusiastamente, aun cuando el trabajo que tenga entre manos no sea de su agrado? ¿Puede Ud. cargar con su cruz y seguir a Cristo sin retrocesos ni claudicaciones? ¿Podrá Ud. perdonar a los hombres porque son humanos y a los superiores porque no son lo bastante divinos? ¿Es Ud. capaz de reírse de sí mismo y nunca de los demás? ¿Es Ud. hombre para, una vez ligado voluntariamente a las Reglas y Constituciones, saber obrar conforme a ellas y no echarlas al canasto de cosas inservibles o inútiles?

Quien a estas preguntas respondiese con un "sí", o a lo menos dijese sinceramente: "deseos no me faltan", le daría un buen apretón de manos y le diría: "Amigo, con la gracia de Dios, que no le faltará, podrá Ud. llegar a ser un buen Jesuita. ¡Animo, pues, y adelante! Y no olvide: nadie es un Jesuita cabal si no es obrando con alma; tenga, pues, horror a la mediocridad y verdadero terror al pensamiento de ser mezquino con Jesús.

También le diría que los Jesuitas estamos algo ufanos de nuestra denominación. Los que por burla llamaron a los Jesuitas con este apelativo, ignoraban el honor que les hacían. Ellos no lo tomaron a mal, y hace ya más de tres siglos que así mismos se llaman Jesuitas. Porque Jesuita significa *Jesus-ita* y *Jesus ita* viene a significar en latín "Como Jesús", y "a la manera de Jesús", que es como decir "semejante a Jesús".

Llevando tan glorioso y significativo nombre, no se extraña el Jesuita que le desprecien a él, quienes desprecian a Jesús, y no solamente no lo extraña, pero hasta lo considera como una gloria. Si su vida es absurda y su obediencia es irracional, a juicio de aquéllos que no conocen ni aprecian ni aman a Cristo, el Jesuita no se intimidará por ello, antes le parecerá muy obvio que así piensen de él quienes así obran con relación a Cristo. Sería en verdad una enorme desgracia para un Jesuita el llegar a ser popular entre los enemigos de Cristo, o que simpatizaran con él quienes no simpatizan con Cristo. No quiere el Jesuita ser más que su Maestro.

ALLEGATE A UN JESUITA

Si nunca has conversado con un Jesuita, procura entrevistarte con alguno de ellos. No hay ciudad populosa que no cuente con una casa de la Compañía de Jesús. Llama a la puerta y alguien te abrirá. Probablemente un individuo sencillo y atento. Al "¿qué se le ofrece?", responde sin temor: "deseo hablar con un Padre". Si tienes ya noticia de la existencia de alguno en particular, agrega: "con el Padre tal". El portero te señalará la sala de espera o te llevará adonde ese Padre se encuentre. En todo esto no verás nada de misterioso.

Tampoco verás nada de misterioso en el Padre que se pondrá a tu disposición. Caballero, tranquilo, tolerante, tal vez más bondadoso que el jefe de tu oficina o el dueño del taller donde trabajas, y humano, plenamente humano como todos los hombres. Te escuchará, tenlo por seguro, y te responderá sin titubeos y te escuchará y te responderá de suerte que lejos de sentirte o creerte molesto, te persuadirás que él considera, como un honor o un servicio, el que le haces consultándole sobre esos puntos.



Es la mejor manera de conocer, en verdad, a los Jesuitas. Es la mejor manera de desbaratar tantas leyendas infantiles y fatuas. Deja esos libelos y novelas, y vete a las iglesias de los Jesuitas, a sus colegios, a sus casas. Toda esa novelería te parecerá absurda en presencia de los hechos, y es muy posible que digas para tus adentros: "vale la pena ser como ellos".

De la alocución de S. S. Pablo VI a los Jesuitas

3 de diciembre de 1974.

I. ¿De dónde venís pues? El pensamiento se dirige a aquel complejo siglo XVI en el que se echaban los fundamentos de la civilización y de la cultura moderna, y la Iglesia amenazada por la escisión daba comienzo a una nueva época de renovación religiosa y social, fundada sobre la oración y el amor a Dios y a los hermanos, es decir, sobre la búsqueda de la más genuina santidad. Era un momento fascinado por una nueva concepción del hombre y del mundo que en ocasiones —por más que no haya sido éste el humanismo más genuino— estaba a punto de relegar a Dios fuera de los horizontes de la vida y de la historia; era un mundo que adquiriría dimensiones nuevas con los recientes descubrimientos geográficos y consiguientemente en muchos aspectos —transtornos, reflexiones, análisis, reconstrucciones, ímpetus, aspiraciones, etcétera— no muy diverso del nuestro.

En este marco tempestuoso y magnífico se coloca la figura de San Ignacio. Sí, ¿de dónde venís? Nos parece oír una sola voz, *tamquam vox aquarum multarum* (*Apoc* 1, 15) que sale del fondo de los siglos, de todos vuestros hermanos: venimos de Ignacio de Loyola, nuestro Fundador; venimos de aquel que ha marcado una huella imborrable no sólo en la Orden, sino también en la historia de la espiritualidad y del apostolado de toda la Iglesia.

* * *

En la fusión de esta cuádruple nota vemos desplegarse toda la maravillosa riqueza y capacidad de adaptación que ha caracterizado a la Compañía en los siglos, como Compañía de "enviados" de la Iglesia; de aquí la investigación y la enseñanza teológicas; de aquí el apostolado de la predicación, de la asistencia espiritual, de las publicaciones y ediciones, de animación de grupos, de formación mediante la Palabra de Dios y el sacramento de la reconciliación,

siguiendo un preciso y genial empeño querido por el Santo; de aquí el apostolado social y la actividad intelectual y cultural que desde las escuelas para la educación integral abarca todos los grados de la formación universitaria y de la investigación científica; de aquí las misiones, testimonio concreto y conmovedor de la "misión" de la Compañía; de aquí el cuidado de los pobres, los enfermos, los marginados. Dondequiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas. Vuestra Sociedad se adhiere y se confunde con la Sociedad de la Iglesia en las multíplices obras que sabéis animar, aun teniendo presente la necesidad de que todas estén unificadas por un único punto de vista, el de la gloria de Dios y la salvación de los hombres, sin dispersiones que impidan opciones prioritarias.

* * *

Este es, diríamos, el rasgo fisonómico de la Compañía: "En otras Ordenes —ha escrito San Ignacio en su famosa carta del 26 de marzo de 1553— se pueden encontrar ventajas en los ayunos, vigilias y otras asperezas. . . ; pero yo deseo mucho, Hermanos carísimos, que los que sirven a Dios Nuestro Señor en esta Compañía se distingan por la pureza y perfección de la obediencia, con la renuncia verdadera a nuestras voluntades y la abnegación de nuestros juicios".

En la obediencia se encuentra la esencia misma de la imitación de Cristo, el cual redimió por la obediencia el mundo perdido a causa de su pecado. En la obediencia está el secreto de la fecundidad apostólica. Cuando más obra de pioneros realizáis, mayor es la necesidad de estar íntimamente unidos a quien os manda: todas las audacias apostólicas están permitidas, cuando se está seguro de la obediencia de los Apóstoles. No ignoramos ciertamente que si la obediencia es muy exigente para cuantos obedecen, ella no lo es menos para cuantos ejercen la autoridad; a ellos se les pide escuchar sin parcialidad las voces de todos sus hijos; rodearse de Consejeros prudentes para sopesar lealmente las situaciones, elegir ante Dios lo que correspon-

de mejor con su voluntad y de intervenir con firmeza cuando haya habido desviaciones. Efectivamente, todo hijo de la Iglesia sabe bien que el banco de prueba de su fidelidad se funda sobre la obediencia: el católico sabe que la Iglesia no manda sino en virtud del hecho de que ella obedece ante todo a Dios. El quiere ser un 'hombre libre', pero evita estar entre quienes se sirven de 'la libertad cual cobertura de la maldad' (1 *Petr.* 2, 16). La obediencia es para él el precio de la libertad, así como es condición de la unidad.

* * *